

138
2ej.



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTONOMA
DE MEXICO

FACULTAD DE PSICOLOGIA
DIVISION DE ESTUDIOS PROFESIONALES

LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA SOLEDAD:
UNA EXPERIENCIA INTERSUBJETIVA

T E S I S

QUE PARA OBTENER EL GRADO DE
LICENCIADO EN PSICOLOGIA

P R E S E N T A :

JUAN CARLOS PANTOJA MARTINEZ

DIRECTOR: PABLO FERNANDEZ CHRISTLIEB

ASESORES: FRANCISCO PEREZ COTA
RIGOBERTO LEON SANCHEZ

SINODALES: MA MONTERO Y LOPEZ LENA
EDUARDO HERRASTI AGUIRRE

MEXICO D. F.,

1994

**TESIS CON
FALLA DE ORIGEN**



UNAM – Dirección General de Bibliotecas Tesis Digitales Restricciones de uso

DERECHOS RESERVADOS © PROHIBIDA SU REPRODUCCIÓN TOTAL O PARCIAL

Todo el material contenido en esta tesis está protegido por la Ley Federal del Derecho de Autor (LFDA) de los Estados Unidos Mexicanos (México).

El uso de imágenes, fragmentos de videos, y demás material que sea objeto de protección de los derechos de autor, será exclusivamente para fines educativos e informativos y deberá citar la fuente donde la obtuvo mencionando el autor o autores. Cualquier uso distinto como el lucro, reproducción, edición o modificación, será perseguido y sancionado por el respectivo titular de los Derechos de Autor.

A MIS PADRES:

otro que se les titula]

A MIS HERMANOS:

Raquel, Nicolás, Celia, Rita, Irma, David, Edgar.

A ALEJANDRA:

Por su permanente compañía antes, durante y después de este trabajo. Gracias linda.

A MI AMIGO PABLO:

Que además fue director de mi tesis.

A ELI:

Por las confidencias.

A MIS ESTIMADOS SINODALES:

Ma. Montero, Eduardo Herrasti, Francisco Pérez Coña Rigoberto Leon y Pablo Fernández C.

A MIS AMIGAS PROFESORAS:

Ma. Elena y Lourdes.

A MIS GRANDISIMAS COMPAÑERAS:

Herendira, Paty, Tere, Ma. Elena y Georgina.

A LOS COMPAÑEROS DEL SEMINACULO:

que se tomaron su tiempo para discutir este trabajo:
Oscar, Rocío, Toño, Lilia, Alberto, Tony, Lilliana,
Cesar, Gustavo, Elí, Adela.

A CESAR, SHEYLA Y SHOSHANA:

Por su invaluable ayuda y asesoría técnica, en los
momentos que pareciera desvanecerse todo dentro de
un disco duro entre bytes desorganizados.

A TODO AQUEL QUE LEA ESTE TRABAJO

A OTROS TANTOS AMIGOS:

que no menciono porque son bastantes, y por razones
de memoria tal vez omitiría a alguno, sin embargo,
sientanse incluidos en el rubro anterior.

A LA OTREDAD Y AL AIRE.

SIN PECAR DE EGOCENTRISMO:

a mí mismo.

I N D I C E

INTRODUCCION.....	1
CAPITULO I: LA CONSTRUCCION DE LA PERSONA.....	9
1.1. LA PERSONA.....	11
1.1.1. EL INDIVIDUO Y LA PERSONA.....	20
1.2. EL YO, EL MI Y EL OTRO DE LA PERSONA.....	23
1.3. LA PERSONA SURGE DE LOS OTROS.....	31
1.4. LA PERSONA SE CONSTRUYE A SI MISMA.....	36
1.5. LA METAFORA DE LA PERSONA.....	48
CAPITULO II: EL PROBLEMA DE LA SOLEDAD.....	54
2.1. LA SOLEDAD DESDE LO TEORICO.....	57
2.2. LA SOLEDAD DESDE LO SOCIAL.....	68
2.3. LA SOLEDAD FISICA DEL INDIVIDUO.....	76
2.3.1. LA SOLEDAD PSICOLOGICA DE LA PERSONA.....	80
2.4. LA SOLEDAD, EL YO, EL MI Y EL OTRO.....	90
2.5. LA METAFORA DE LA SOLEDAD.....	100
CAPITULO III: LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA SOLEDAD.....	104
3.1. LA APARICION DE LA SOLEDAD.....	107
3.2. EL GESTO DE LA SOLEDAD.....	114
3.3. LAS PERSONAS INHALAN EL AIRE DE LA SOLEDAD.....	125
3.4. LAS PERSONAS EXHALAN EL AIRE DE LA SOLEDAD.....	133
3.5. LAS PERSONAS CONSTRUYEN LA SOLEDAD.....	139
BIBLIOGRAFIA.....

I N T R O D U C C I O N .

El trabajo de tesis: "la construcción social de la soledad: una experiencia intersubjetiva" se compone de tres capítulos en los que se hace referencia a la cuestión de la persona, la soledad y, la construcción social de la misma.

Para el desarrollo me he planteado como objetivo general:

la exposición de que la soledad como fenómeno, cobra existencia cualitativa y cuantitativa en la medida en que las personas, mediante procesos de interacción, hacen una construcción simbólica y lingüística del fenómeno.

Asimismo, incluyo tres objetivos específicos:

1.- la argumentación de que la noción persona, no una persona en sí, es una construcción lingüística, mientras que la persona en sí, es una entidad que no está presente inicialmente con el nacimiento, sino que tiene desarrollo colectivo, por lo que la persona es colectiva.

2.- La elaboración de una conceptualización teórica de la soledad, para vislumbrar la manera en que se manifiesta en lo social y en la persona, así como la descripción de la forma en que se metaforiza para que, como fenómeno sea comprensible.

3.- Dado que considero a la persona colectiva, ésta en interacción, intersubjetivamente construye un consenso lingüístico entre gestos y significados con lo cual se simboliza un fenómeno, mismo que se incorpora a la experiencia desde un punto de vista particular.

Ahora bien, en tanto considero a la soledad un fenómeno del que se tiene noción de su existencia porque podemos

nombrarlo, los objetivos se abordan de manera teórica, puesto que mi interés radica en dilucidar la construcción de un fenómeno y no la contemplación de un fenómeno constituido; en este sentido utilizo un enfoque fenomenológico.

Así, el capítulo I se dedica a la persona, puesto que es una entidad a la que *a priori* se le otorga existencia propia, sin embargo, la persona es algo que tiene desarrollo, es una entidad que se va conformando en la familia, en la comunidad, en la sociedad, al interactuar en diversos grupos sociales con diversas personas.

En estos procesos de desarrollo, la persona empieza a constituirse con la incorporación de actitudes de quienes le rodean "en términos de sensaciones, de experiencias afectivo motoras; de ahí que el Yo temprano sea un Yo corporal" (Blos, 1962, p.37). Gradualmente dichas actitudes instaladas en la experiencia, se irán significando y la persona, entonces, podrá reconocerlas en sí misma, vivenciarlas como propias y reaccionar ante ellas; el hecho de reaccionar ante sí, es lo mismo que adquirir conciencia y autoconsciencia.

Al tiempo de tomar conciencia de sí, la persona logra ser objeto para sí, es decir, la persona puede vivir para sí misma modificando su propia experiencia, el entorno, cuestión que no tiene ningún otro objeto.

La incorporación de actitudes, el tomar consciencia de sí y ser objeto para sí, son procesos que se acompañan de las entidades teóricas que, considero, constituyen a la persona, a saber, el Yo, el Mí y el Otro.

El Yo que en principio es corporal, posteriormente será la proporción de la persona que reacciona a las actitudes de los otros y a las propias; en otras palabras, el Yo es algo que reacciona a una situación social que se encuentra dentro de la experiencia de la persona; es la respuesta que ésta hace a las actitudes que otros adoptan hacia ella.

El Mí es el cúmulo experiencial de la persona, lo que aparece en su experiencia inmediata, constituida con la incorporación y organización de las actitudes de los otros. Si juntamos al Yo y al Mí, tenemos que "el Yo es la reacción del organismo a las actitudes de los otros, el Mí es la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo. Las actitudes de los otros constituyen el Mí organizado, y luego uno reacciona a ellos como un Yo" (Mead, 1927, p.202).

El Otro es la comunidad o grupo social organizado que proporciona al individuo su unidad de persona, es el que otorga la cultura, el lenguaje, las normas, valores, costumbres; es el juez que el Mí asume para valorar las reacciones del Yo. Así, la persona es el producto de las actitudes adoptadas de los otros -formalizándose el Mí- a las que reaccionamos -a través del Yo- a la luz valorativa del Otro.

Existen muchas más nociones acerca de la persona que, aun siendo interesante como la concepción de K. G. Jung por ejemplo, no abordo porque no son pertinentes para mi trabajo, ya que generalmente se contempla a la persona constituida,

terminada, mientras que lo que planteo, es que la categoría persona es una construcción colectiva.

En el capítulo II se trata la cuestión de la soledad propiamente, pues con ella sucede lo mismo que con la persona, en el sentido de que se le otorga existencia propia, misma que no se cuestiona; incluso, se ha convertido en tema de casi todos los días, se habla de ella en infinidad de charlas, discusiones, algunas veces con pesares, con cautela, con misterio, con reservas, y otras con confusiones. Se le cita en la literatura, en las canciones que a menudo escuchamos; en fin, está en todos, ya que "nacemos y morimos en una soledad inherente a nuestra naturaleza" (Genovés, 1993, p.32), pero también está en medio de todos, en el aire público y en el aire que se exhala al pronunciar su nombre, el cual, al ser escuchado por uno mismo o por los otros, no pocas veces provoca ciertas sensaciones desde lo que llamamos las entrañas.

Tales sensaciones se sienten desde el mundo simbólico que no es del todo aprehensible por el lenguaje, empero a muchas de ellas las denominamos soledad, misma que no se conoce como algo tangible, mas se comprende como algo vivenciable.

De esta manera, la soledad se instaura en una etérea subjetividad que complica su conceptualización, porque a su alrededor se presentan diversas circunstancias, por ejemplo, se puede estar físicamente solo y no sentirse solo; estar

acompañado y no sentirse solo; o sí sentirse solo en ambas condiciones.

Asimismo, la soledad en ocasiones presenta un matiz desgarrador, insoportable, digamos 'malo', y en otras presenta un matiz contrario, pues de repente es necesaria para la reflexión, para la convivencia con uno mismo, para tener noción de sí, es algo llamémosle 'bueno'. Por si esto fuera poco, se llega a la soledad por diversos caminos; en ocasiones -no muchas por cierto-, se elige, en otras se llega por la pérdida de alguna persona significativa o por perder objetos estimables; por la mecanización de nuestra existencia; o bien por la ausencia de un confidente, lo que produce una comunicación incompleta.

En virtud de lo anterior, la soledad en cuanto vivencia subjetiva, para ser comprendida y poderse expresar a los otros, se recurre a conceptos con referentes físicos como desierto, infierno, o a conceptos animados como algo que mata, persigue, abraza; de manera que pareciera que la soledad tiene vida propia que la hace moverse, esconderse, aparecer y desaparecer de repente; por ello, la soledad para ser entendida se metafORIZA.

Ahora bien, si consideramos a la soledad exclusivamente como palabra que forma parte del lenguaje, que a su vez es un símbolo con significado, entonces la soledad es un símbolo con significado; y dado que el lenguaje se encuentra en el todo colectivo, el cual cada quien desde su particular punto de vista lo incorpora, cuando uno se siente solo, podemos

decir que se han incorporado actitudes de soledad matizadas por la experiencia personal; de este modo, para efectos de mi trabajo, conceptualizo a la soledad como un símbolo colectivo matizado por la experiencia personal.

En el capítulo III abordo el proceso interactivo por el cual las personas -que desde mi análisis son un producto colectivo-, construyen la soledad.

Ya mencioné que tanto la categoría persona como la soledad son entidades que se contemplan constituidas y terminadas, sin embargo, ni una ni otra entidad tienen existencia cualitativa mientras no tengan referencia lingüística.

La soledad como hoy la nombramos, intuimos, describimos o explicamos, empezó manifestándose en la experiencia de la persona como sensaciones, vivencias y de manera más acabada como emociones. Dichas sensaciones y vivencias por gozar de esa cualidad, la persona en sí misma no podía asirlas a nivel individual ni hacerlas comprensibles a los otros debido a la ausencia de un código compartido o significativo.

De este modo, la soledad se presentaba en la interacción como gestos digamos preverbales, mismos que pueden ser un llanto, una tristeza, un suspiro, un miedo, un nostálgico silencio, una actitud..., y a partir de la interacción los gestos se incorporaron a la experiencia como actitudes ajenas. En otras palabras los gestos se sumaban a la constitución del Mí y nuevas reacciones del Yo de la persona.

Empero ni las sensaciones ni los gestos tenían la estabilidad necesaria para conceptualizarse, lo cual sucedió al contemplarse la experiencia con cierta calma y materializarla a través del lenguaje para definir el concepto, el cual es la idea expresada en palabras.

Cuando el gesto y aquellas sensaciones fueron atrapadas con palabras ingresaron al terreno lingüístico con lo cual se pudo tener entonces un significado subjetivo verbal con el que el individuo podía indicarse a sí mismo lo que indicaba a los otros. Lo que se logró por contar con un significado fue incrementar la comunicabilidad entre los individuos interactuantes y hacer intersubjetivamente significativo a aquel significado, en virtud de que la reacción que se provocaba en uno mismo era similar a la reacción que se provocaba en los otros. Si bien ante un gesto no necesariamente tiene que despertarse en todos la misma reacción, con sólo existir un significado ya había un código comprensiblemente compartido.

Una vez que el significado se incorporó a la experiencia y la persona pudo interactuar consigo misma con este significado sin estar en un acto interactivo específico con otros, ya había hecho de los gestos y los significados que dibujaban a la soledad, un símbolo.

El que estos últimos párrafos hayan sido redactados en pasado es una razón de preferencia pues el mismo proceso interactivo en el que se simboliza un gesto, se manifiesta en

el presente con sólo contemplar la forma en que un niño de nuestros días incorpora el lenguaje.

Cabe hacer otra consideración introductoria, pues he sido enfático en el aspecto lingüístico debido a que es a través del lenguaje y las imágenes que provoca que podemos trascender a la mera existencia de los objetos y los fenómenos. La soledad puede ser una experiencia por sí misma y la persona es alguien que no es una metáfora de sí misma en tanto no se recurra al lenguaje; cuando se recurre a éste la mera existencia del objeto o del fenómeno cobra un sentido cualitativamente diferente, es decir, lo hablado es una construcción distinta de lo que se habla pero maravillosamente se comprende aquello de lo que se habla, y no es un juego de palabras, ya que "el hombre, y su mundo no son sino efecto del lenguaje y, más concretamente, efectos de escritura. Si todo lo creado no es más que efecto de una construcción lingüística, Dios, el universo y el hombre son todos lenguaje" (Cohen, 1990, en Gorn, 1992, p.94), incluyendo por supuesto a la soledad.

CAPÍTULO I LA CONSTRUCCION DE LA PERSONA.

*Yo soy como soy,
y a casi todo mundo
le pedí prestado.*

Silvio Rodríguez.

Al pronunciar la palabra persona o hablar de ella, nos referimos a una 'cosa' a la que de antemano se le otorga existencia propia, misma que ni se cuestiona ni se piensa, porque 'persona' es de las palabras 'tan entendidas' que casi casi se definen por sí mismas. Si preguntáramos qué es una persona la respuesta que más o menos nos darían es que una persona es una persona, sin más.

Sin embargo, la noción de persona ha sufrido diversas cirugías teóricas; la han abierto para ver lo que tiene y ponerle nombre a lo que la constituye.

El Yo, el Mí y el Otro de George Herbert Mead (1863-1931) son precisamente entidades teóricas constitutivas de la persona, como lo es también el aparato psíquico de Freud, o los conceptos de la psicología del Yo, del sí-mismo. Pero mientras Freud y estas escuelas psicológicas ubican sus entidades teóricas dentro del individuo, Mead camina por otro lado, "lo primero que hace es deslindarse del individuo como sustrato explicativo (...) y situar la explicación (...) en otra parte" (Fernández (b), 1991, p.9).

"El punto de partida es que lo psíquico se encuentra afuera, y no metafóricamente, sino tan afuera como otros objetos tales como la silla o la taza de café, al grado de poderse hablar de la 'conciencia como materia'" (Mead, 1927, p.146; en *ibid*), pero, asimismo la materia es simbólica: Mead no fisicaliza al pensamiento (...) sino que psicologiza la realidad (...). Esta materia pensante que anda por fuera de los individuos está hecha de comunicación". (*Ibid*, 1991, p.9).

En este sentido, el Yo, el Mí y el Otro se psicologizan fuera de la persona; están en la comunicación, en lo colectivo, y de paso, hasta se estacionan en ella, lugar donde pueden ser explicados por el todo, pero no al revés, o sea, no son exclusivos del individuo ni por cada uno de ellos puede explicarse el todo como "lo harían los conductistas o los fisiólogos" (Fernández (b), 1991, p.9), quienes se dedican a fisicalizar entidades; y tanto lo han hecho que parece que el lugar de la experiencia tuviera "un lugar exactamente dentro de la persona" (Harré, 1989, p.41), identificable con precisión como se identifica al riñón.

Así las cosas, no queda más que hacer también una cirugía y explicar lo de adentro con lo que existe afuera.

1.1. LA PERSONA.

En raras ocasiones nos detenemos a pensar lo que es una persona porque 'ya lo sabemos', las vemos diario y en todas partes. Con algunas tenemos simpatías, con otras antipatías y muchas más nos son indiferentes. Entendemos perfectamente la palabra persona pero no perfectamente podemos explicarla a pesar de que esta palabra sea de las que se comprenden por sí mismas como lápiz, casa, bicicleta, etcétera, ya que al escucharlas generan imágenes de objetos concretos que nos son familiares, a diferencia de las palabras abstractas que generan imágenes abstractas.

Pero lo que aquí importa es que la palabra persona genera en forma automática la imagen de un individuo biológicamente desarrollado, con sus buenos años, digamos un adulto, y a esa imagen la acompañamos de algún espacio físico.

De esta manera, si uno piensa en una persona, difícilmente se pensará en un niño, porque la categoría 'persona' es sinónimo de la categoría 'adulto', y al pensar en ella, como por arte de magia, olvidamos que alguna vez nació, caminó, creció, aprendió mil cosas y demás, y por magia también, de pronto aparece 'bien crecida'; sin embargo, el ser persona se gana a pulso.

La persona en la vida social no aparece de manera automática ni por casualidad, "es algo que tiene desarrollo;

no está presente inicialmente en el nacimiento, sino que surge en el proceso de la experiencia y la actividad sociales" (Mead, 1927, p.167).

Las actividades sociales que anteceden a la llegada de un recién nacido son prácticamente infinitas y ponen en movimiento a quienes lo esperan. En algunos casos se tiene preparada la cuna, ropa blanca o amarilla -para no errarle-, una selección del diccionario de nombres para el bebé, entre otras curiosidades.

Después del nacimiento, el movimiento sigue su marcha y sobrevienen muchas actividades sociales más -que ya no se detendrán- como el regalo de puros o chocolates, ropa azul o rosa según el caso, el festejo por las 'sonrisas', las fotos de los primeros 'solitos' del pequeño, etcétera.

Estas actividades que pudieran ser cualitativamente diferentes dependiendo del contexto, condiciones de nacimiento y estilos familiares, están avaladas por la cultura y son practicadas en diversos estratos, y en tanto que no se originan en una familia, son actividades sociales.

Dichas actividades surgen y se aprenden en el seno de la interacción de los miembros sociales y en conjunto forman una manera de reaccionar colectivamente a un evento; en este caso, al nacimiento.

La reacción colectiva, al mismo tiempo prepara el terreno al que llegará un nuevo miembro, puesto que "para ser una persona, es preciso ser miembro de una comunidad" (Mead, 1927, p.191). En ese lugar se "le proporciona lo que llamamos

sus principios, las actitudes reconocidas de todos los miembros de la comunidad hacia lo que son los valores de esa comunidad" (Mead, 1927, p.191), entre otras herencias sociales.

Así, cuando nace un ser, llega a un mundo social que está en movimiento con su cultura, sus cualidades, sus costumbres e ideología propias. El nuevo ser, nace con la menuda tarea de tener que comprenderlo para abrirse y campo para que sea 'adoptado' como nuevo miembro de la comunidad a la que arriba.

En tales condiciones el recién llegado empieza a interactuar; primero, haciendo propia la experiencia diádica con la madre y las vicisitudes implícitas; y después, haciendo propia la experiencia con los otros que le rodean.

En la interacción el bebé sabe cuándo contestar las sonrisas de la madre porque ha aprendido las actitudes que las provocan, y sabe cuándo reaccionar de tal o cual manera hacia los otros porque también ha aprendido sus actitudes; pero asimismo, los otros han aprendido las actitudes del pequeño y reaccionar a ellas; digamos que desde estos momentos comienza el dinamismo y "proceso social de influir sobre otros (...) y luego adoptar (sus) actitudes" (Mead, 1927, p.199).

De esta manera, mediante la interacción se hacen propias las actitudes, es decir, los gestos y experiencias de los demás, mismas que antes de la adquisición del lenguaje sólo se incorporan en forma de imágenes. El nuevo miembro que ya

está en movimiento, cuando es capaz de tomar en cuenta la existencia de los otros que le rodean, da un paso enorme en la constitución de su persona, porque ellos son los que se encargan de otorgarle conciencia de sí, y "uno logra conciencia de sí sólo en la medida en que se adopta la actitud del otro o se siente estimulado a adoptarla" (Mead, 1927, p.220). De aquí que la adopción de actitudes sea de suma importancia porque conlleva a la conciencia de sí y ésta, "antes que la experiencia afectiva con sus acompañamientos motores, proporciona el meollo y la estructura primaria de la persona" (Mead, 1927, p.200).

La conciencia de sí, otorga el sentimiento de contar con cualidades propias, que al mismo tiempo son compartidas. Podemos verlas en los otros a partir de haber adoptado sus actitudes, cuestión que se hace palpable con las características compartidas si se es niño -cabello corto, pantalón, etcétera-, o si se es niña -cabello largo, falda, etcétera-, y reaccionar, sin pensarlo, a esas actitudes.

No se piensa mucho en el reaccionar a las actitudes sociales que nos constituyen porque hay acuerdo colectivamente sobreentendido, acerca de la existencia y permanencia de tales actitudes; simplemente se reacciona y punto.

Por el mismo acuerdo, tampoco se piensa mucho en el por qué casi todo mundo habla -y qué más usado y colectivo que el lenguaje-, mediante gestos verbales que tienen la característica de ser, a diferencia de los gestos no

verbales, los "únicos que al tiempo que son dirigidos a alguien, se dirigen simultáneamente al mismo que los emite" (Fernández (b), 1991, p.15); o sea, se le entera al otro de lo que uno mismo se está enterando.

Lo colectivo del lenguaje está dado desde que es un símbolo por todos compartido ya que "un símbolo es algo, cualquier cosa, que pueda ser puesta en medio de todos y que todos puedan reconocer y usar; así (...) los símbolos son colectivos o no son símbolos, y asimismo, todo símbolo es símbolo de algo, de modo que los símbolos tienen significado o no son símbolos; y puesto que todo símbolo es colectivo y tiene significado, su significado sólo es colectivo o no es significado" (Fernández (b), 1991, p.15).

En este sentido, cuando el lenguaje entra a un ser en desarrollo lo hace colectivo, y de paso hasta le enseña a pensar, porque uno piensa como habla, de hecho "las leyes del pensamiento no son leyes de la fisiología, tampoco leyes de la lógica, sino convenciones del lenguaje" (Harré, 1989, p.43) por lo que el pensamiento también es colectivo.

Ahora bien, al considerar que "el proceso de pensamiento (...) es la primera fase experiencial en la génesis y desarrollo de la persona" (Mead, 1927, p.200), la persona es colectiva sin más. Inclusive "la esencia de la persona (...) es cognoscitiva: reside en la conversación de gestos (...) que constituye el pensamiento (...) de ahí que el origen y las bases de la persona, como los del pensamiento sean sociales" (Mead, 1927, p.201).

Además de la adopción de actitudes y la conciencia de sí, la persona para constituirse en tal, deberá convertirse en objeto para sí propio. Tal cuestión empieza con la adopción de actitudes, y en la medida en que uno puede hacerlo "puede, por así decirlo, mirarse a sí mismo (reaccionar ante sí) desde esa perspectiva, y de tal modo convertirse en un objeto para sí propio" (Morris, 1972, p.37).

El "hecho de que uno sea un objeto para sí es lo mismo que adquirir conciencia y autoconciencia (Fernández (b), 1991, p.20) puesto que "una persona es aquella entidad que sabe que es una persona, esto es que tiene identidad y mismidad" (Ibid p.21), además de ser el único objeto que goza de la característica de convertirse en objeto para sí, es decir, la persona puede vivir para sí misma recreando sus vivencias y experiencias, dándoles significado y resignificado con el paso del tiempo.

Estas cualidades es lo que la hace diferente de los demás objetos, cualquiera que sea, incluso de algo tan cercano como el cuerpo, que puede darse el lujo de prescindir de la persona porque "puede existir y operar en forma sumamente inteligente" (Mead, 1927, p.168) sin que se involucre nadie en su experiencia, -de aquí la existencia de los relojes biológicos. Tanto es así, que el presentimiento de muerte de la persona es psicológico y no biológico; ella no piensa en la muerte de sus órganos, sino en la muerte de sí.

Dentro de la distinción que uno hace entre su cuerpo y su persona, nuevamente la conciencia de sí se introduce partiendo plaza, puesto que hasta su surgimiento "en el proceso de la experiencia social, el individuo experimenta su cuerpo -los sentimientos y sensaciones de éste- simplemente como una parte inmediata de su medio, no como un cuerpo propio, no en términos de conciencia de sí" (Mead, 1927, p.199) o, lo que no es lo mismo pero es igual "sin adoptar la actitud de los otros hacia él" (Mead, 1927, p.199).

Debido a que las adopciones de actitudes son evidentes prácticas sociales, "la persona en cuanto puede ser un objeto para sí es una estructura social y surge en (esa) experiencia" (Mead, 1927, p.172), por lo que, tanto la persona que emerge como todas sus acciones son un producto social, sin olvidar al propio cuerpo, porque sus objetos por sí mismos no saben lo que son sino que las personas le dijeron al cerebro que es cerebro, al corazón lo mismo y así sucesivamente con los demás componentes que por cierto, con la mejor de las suertes, tienen nombres y funciones por consenso desde el ámbito social.

Por otra parte, la característica con que cuenta la persona como objeto para sí, "está representada por el término sí mismo, que es un reflexivo e indica lo que puede ser al propio tiempo sujeto y objeto. Este tipo de objeto es esencialmente distinto de otros objetos y en el pasado ha

sido distinguido como conciencia, término que indica una experiencia (...) de la propia persona" (Mead, 1927, p.169).

Años más tarde, en 1989 para ser precisos, Harré diría del sí mismo que "es una característica organizacional de la experiencia impuesta por el poder de ciertos modelos gramaticales" (Harré, 1989, p.39), y "una entidad anterior a la que pertenece toda la experiencia personal" (Ibid, p.40), y lo incluye en lo que entiende por persona: "es un ser humano encarnado y con una entidad pública" (Ibid pp.39-40).

Hay quien afirma que la experiencia personal, aglutinada en el término sí mismo, se forma a partir de "reunidas la continuidad de la mismidad en el tiempo y la cohesión en el espacio de algo que llamamos 'yo' y que los otros reconocen como tal" (Kohut, 1990, p.36).

En español un poco más claro, la continuidad y cohesión del Yo que viaja en el tiempo y espacio, se refiere a que "lo que existe ahora soy yo, aunque después pueda ser algo distinto" (Kohut, 1990, p.36); evidentemente durante ese viaje se sigue llenando el saco donde se guarda la experiencia personal.

Asimismo, el "desarrollo gradual de experiencias aisladas simples puede ser entendido como el proceso precursor del sí mismo. A continuación se produce una conciencia cada vez mayor de la experiencia de funciones particulares, de las partes corporales y de las actividades mentales. Al integrarse esas experiencias y al adquirirse conciencia de ellas, emerge y cobra forma el sí mismo total.

No se trata de que el sí mismo total reemplace a las experiencias anteriores. Se trata de que, además, integre todas las experiencias anteriores" (Kohut, 1990, p.70).

Años más, años menos, el párrafo anterior Mead lo escribiría con su reiterativa afirmación que el sí mismo, o experiencia personal u objeto para sí como elemento fundamental de la persona, se constituye con la adopción de actitudes de los otros y con la conciencia de sí.

Así, la persona emerge en el proceso de la experiencia y actividades sociales a partir de la adopción de actitudes -a través de la interacción con los otros, y la interiorización del lenguaje-, y la reacción a las mismas, -sean propias o de los otros-, por haber alcanzado ser objeto para sí; puesto que "en el grado en que la conversación de gestos puede convertirse en parte de la conducta -en la dirección y fiscalización de la experiencia-, en ese grado puede surgir una persona" (Mead, 1927, p.199).

De este modo, aquel individuo que carezca de una comunidad y de actitudes sociales de otros para adoptarlas, no llegará a ser una persona en este sentido, como los protagonistas de la leyenda de los fundadores de Roma, a saber, Rómulo y Remo, a diferencia de un Robinson Crusoe quien a pesar de vivir aislado en una isla -como nos lo cuentan-, previamente formó parte de una comunidad y estuvo rodeado de otros por lo que logró ser persona.

1.1.1. EL INDIVIDUO Y LA PERSONA.

La palabra persona en la colectividad cuenta con múltiples sinónimos -que generan más o menos la misma imagen- que ni pensamos ni discutimos cuando hablamos cotidianamente, 'persona' es equivalente de palabras tales como: tipo, sujeto, fulano, sutano, mengano, perengano, o más común: individuo.

Sin embargo, la equivalencia es teórica; en su uso práctico existen diferencias que dependen tanto del tema como del contexto donde se emplean los sinónimos; en la vida académica por ejemplo, no se vale entregar reportes de investigación donde diga que se trabajó con una muestra de 'n' fulanos o sutanos, pero sí con una muestra de 'n' sujetos o individuos.

De los anteriores sinónimos, 'individuo' es el que más se utiliza para designar 'persona', aunque también sean diferentes; pero al ver estas palabras -individuo y persona- sólo como sinónimos, parecen muertas, por lo que habrá que darles algo de color.

En esta forma, al referirnos a otro como individuo, hacemos la abstracción de un elemento del conjunto, es decir, el individuo corresponde a lo singular mientras que la persona es algo más genérico, de alguna manera más plural, de tal suerte que esto singular, en imagen, lo tenemos atrapado, un tanto inmóvil e inanimado, mientras que lo plural o genérico es más disperso, móvil o animado.

Por otra parte, apelar a alguien como individuo lleva consigo cierto toque de frialdad -que en ocasiones puede ser incluso despectivo-, con quien la relación es nula, distante, o poco agradable; pero cuando a otro le decimos persona, la cuestión es contraria: más cálida o denota relación estrecha; en rigor, no es lo mismo decir: me encontré, me cité, voy a ver, a un individuo, que me encontré, me cité, voy a ver, a una persona.

En esta dualidad decir persona es ver al otro como una entidad completa, no parcial como al individuo, visto como materia o cuerpo biológico, es decir, sin entidad pública. Sin embargo, el individuo puede ser personificado en él mismo cuando tenemos una relación social con él, momento en el que emerge su persona y en el que por consecuencia lo completamos. De hecho "el individuo posee una persona sólo en relación con las personas de los otros miembros de su grupo social" (Mead, 1927, p. 192). En otras palabras, el carácter de ser persona surge en la convivencia e interacción social.

Vale la pena traer a colación una cita anterior en la que hay individuo encerrado: "por persona doy a entender un ser humano encarnado y con una entidad pública" (Harré, 1989, p.40).

En esta definición se hace evidente el empalmamiento que existe entre individuo y persona, misma que se describe hace poco tiempo, pero que es conocida desde hace mucho, sobre todo lo referente a la entidad pública cuestión de la que el

Derecho Romano se tomó el derecho de imponerle a la persona derechos y obligaciones.

Así, la persona y el individuo no son iguales pero permanecen juntos en la actividad social, donde uno y otro se complementan, puesto que de la persona también salta su individuo: "la muela que duele es un elemento importantísimo. Tenemos que prestarle atención. En cierto sentido se identifica con la persona, a fin de que podamos fiscalizar ese tipo de experiencias" (Mead, 1927, p.194), para luego conducirnos al dentista o momentáneamente a la farmacia.

A manera de conclusión digamos junto con Mead "que existen dos etapas generales en el plano de desarrollo de la persona. En la primera de dichas etapas, la persona individual está constituida simplemente por una organización de las actitudes particulares de otros individuos hacia el individuo y de las actitudes de los unos hacia los otros, en los actos sociales específicos en que aquél participa con ellos. Pero en la segunda etapa del completo desarrollo de la persona del individuo, esta persona está constituida, no sólo por una organización de las actitudes de esos individuos particulares, sino también por una organización de las actitudes sociales del Otro generalizado, o grupo social como un todo, al cual pertenece" (Mead, 1927, pp.187-188). Por lo tanto, aun en el primer plano de desarrollo, el individuo es ya un ser colectivo.

1.2. EL YO, EL MI Y EL OTRO.

Imaginemos a cualquier persona, sea la que sea. En nuestra mente, la imaginamos tal como la hemos visto, aunque, dependiendo de la relación que se guarde con ella, su imagen se vera favorecida o empobrecida. En cualquier caso, siempre la imaginaremos de aquí para allá hasta topar con pared, es decir, con la piel del otro.

En este caso, nuestra imaginación no da para más porque no imaginamos su estómago, cerebro, hígado, sólo lo que ha tenido que ver del otro con nosotros, y para imaginarlo echamos mano justamente de lo mismo que tiene que ver entre ambos, o sea las actitudes e interacciones sociales comunes.

La imagen pudo habernos llegado tan rápido que no hubo tiempo ni para ponernos de acuerdo en cómo formarla, y si no se sabe quién era el protagonista imaginado, si sabemos que era un anónimo que vive en algún recóndito lugar de la experiencia. Si la imagen nos llegara un poco más lenta, la diferencia sería que tendríamos un poco más de tiempo para escogerla y hasta para colgarle el decorativo que más o menos le acomode.

Haciendo a un lado a la velocidad para dar con el imaginado, en ambos casos hubo necesidad de escarbar en cada milímetro cuadrado de recuerdos y buscar en el armario de las experiencias y las imágenes arcaicas.

Durante la búsqueda, sin cambiar físicamente de lugar, una parte nuestra se fue y otra se quedó a esperar luz verde

para decir: que es fulano o sutano, que vive aquí o allá, que ni se conoce, o cualquier otra frase -no pensada mientras se imaginaba-, que le haga referencia. Mientras algo se iba y algo más se quedaba, hubo otra cosa que se mostró invisible y nos ayudó a dar con lo imaginado.

Su ayuda consistió en mostrarnos un contexto, y un marco de referencia que nos dice cómo es un individuo -dos manos, dos pies, una cabeza-, porque seguramente nadie imaginó un ser con los brazos en el lugar de las piernas y viceversa, puesto que, en la condición de imaginar algo, estaba implícita la regla: una persona.

Esa otra cosa que al paso del tiempo nos ha enseñado cómo es una persona, se encuentra fuera de nosotros pero lo respiramos, por lo tanto entra y sale de uno.

En este breve juego de imaginar a una persona participaron las entidades constitutivas de la misma sin darnos cuenta de su existencia, incluso, es complicado distinguirlas porque se encuentran tan entrelazadas como la 'nieve sabor napolitano' en la que se pueden distinguir sus sabores pero no separarlos.

Lo mismo ocurre con el Yo y el Mí que "están separados (...) pero deben estar juntos, en el sentido de ser partes de un todo. Están separados y, sin embargo, les corresponde estar juntos. La separación del Yo y del Mí no es ficticia. No son idénticos" (Mead, 1927, p.105).

En este sentido, "el Yo es la acción del individuo frente a la situación social que existe dentro de su propia

conducta, y se incorpora a su experiencia sólo después de que ha llevado a cabo "el acto" (Mead, 1927, p.203), mientras que "lo que aparece en la experiencia inmediata de la persona (...), al adoptar tal actitud (del otro), es lo que denominamos el Mí" (Ibid, p.203; las negritas son mías).

Si los juntamos un poco, tenemos que "el Yo es la reacción del organismo a las actitudes de los otros, el Mí es la serie de actitudes organizadas de los otros que adopta uno mismo. Las actitudes de los otros constituyen el Mí organizado, y luego uno reacciona a ellos como un Yo" (Mead, 1927, p.202).

Estas dos entidades -el Yo y el Mí- estuvieron presentes mientras se imaginaba a otro; aquella parte que se fue corresponde al Mí; literalmente se fue, ya que recorrió la experiencia personal -que conoce como es una persona-, la cual solamente es pasada -puesto que para que algo se convierta en experiencia debe haber ocurrido-, pero se manifiesta en el presente, como diría Fromm: es el pasado muerto que está en el presente vivo.

Debido a la manifestación de la experiencia en el presente, tiene lugar la reacción del Yo que funge como el portavoz del otro; es el que habla, el que dijo verbalmente a quién había imaginado, y las palabras que utilizó para dar cuenta de lo que el Mí encontró ni las pensó ni preparó, sino que afloraron repentinamente, igual que otras reacciones del Yo, pues "es algo nunca enteramente calculable" (Mead, 1927, p.105).

Por ello no es posible precisar con exactitud de que manera reaccionaremos ante cualquier circunstancia, sino hasta que tiene lugar, de aquí que "sea ese Yo al que continuamente estamos tratando de realizar y de realizar mediante la conducta misma" (Mead, 1927, p.228).

Parafraseando la sabiduría cotidiana donde 'las cosas no pasan hasta que suceden', el Yo no se conoce hasta que reacciona. En otras palabras, la reacción del Yo -que sucede en un presente sumamente corto-, sólo es conocida cuando ya pertenece al pasado, a la historia, a la experiencia, engrandeciendo de esta manera al Mí.

Ya está marchita
la margarita,
que en el pasado
he deshojado yo. ¹.

Puede leerse que el momento en que se deshoja la margarita, es la reacción del Yo que actúa, pero ahora éste se ha convertido en un Mí que integra.

Así, el Yo es la instancia que reacciona a la persona que ha surgido desde la adopción de actitudes de los otros, y se organizan en nuestra experiencia dentro del Mí. Por ello es posible tener conciencia de ser individuos con tal o cual nacionalidad, preferencia política, estilo de vida, relaciones familiares, tipos de amistades, modo de ser.

Todas esas y más cuestiones, es lo que constituyen al Mí, que junto con el Yo, "residen en el proceso de pensamiento" (Mead, 1927, p.209), de tal suerte que ese Mí

¹ Sabina, J. El joven aprendiz de pintor.

sea conocido a través del lenguaje, convirtiéndose de esta manera en un Mí organizado.

El Yo, al dar cuenta de la experiencia mediante el lenguaje hace disécciones de ella, la recorta por no poder tener acceso completo a la misma en un solo momento, por ésto, "alguien puede decirnos algo sobre nosotros mismos de lo cuál no teníamos conciencia. Uno nunca está seguro de sí, y se asombra a sí (mismo) con su conducta tanto como asombra a otras personas" (Mead, 1927, p.228); he aquí la labor del psicoanalista que nos dice cosas 'nuevas' de nosotros mismos.

Ahora bien, la existencia de ambas instancias está condicionada una por otra, puesto que "no existiría un Yo en el sentido en que (se usa) este término, si no hubiese un Mí; no habría un Mí sin una reacción en la forma del Yo. Los dos, tales como aparecen en nuestra experiencia, constituyen la personalidad" (Mead, 1927, p. 209), "con estas dos fases distinguibles. Si no tuviese dichas dos fases, no podría existir la responsabilidad consciente, y no habría nada nuevo en la experiencia" (Ibid, p.205).

Con otras palabras se avala la anterior cuestión: "Cuando hablamos del sí mismo unitario no estamos diciendo que ese sí mismo excluya la experiencia de divisiones del sí mismo" (Kohut, 1990, p.45).

En efecto, el sí mismo permite divisiones, mismas que Kohut no menciona pero las ubicamos en la entidad del Yo y del Mí que Mead aclara de manera contundente con su peculiar estilo:

"La forma más sencilla de encarar el problema sería haciéndolo en términos de la memoria. Hablo conmigo mismo, recuerdo lo que dije y quizás el contenido emocional que acompañaba lo que dije. El Yo de este momento está presente en el Mí del momento siguiente. Y aquí, una vez más, no puedo volverme con suficiente rapidez como para atraparme a mí mismo. Me convierto en un Mí en la medida en que recuerdo lo que dije. Sin embargo, al Yo puede concedérsele esa relación funcional. Gracias al Yo decimos que nunca tenemos conciencia plena de lo que somos, que nos sorprendemos con nuestra propia acción. Cuando actuamos, tenemos conciencia de nosotros. En la memoria, la experiencia del Yo está presente (...). De modo que el Yo, en la memoria, está presente como vocero de la persona en cuanto al segundo, minuto o días pasados. Tal como está dado, es un Mí, pero un Mí que fue el Yo en un tiempo anterior. Si se pregunta, pues, dónde aparece el Yo directamente, en la experiencia de uno, la respuesta es que aparece como una figura histórica. El Yo del Mí es lo que uno era hace un segundo. Es otro Yo que tiene que adoptar ese papel. No se puede obtener la reacción inmediata del Yo en el proceso. El Yo es en cierto sentido, aquello con lo cual nos identificamos" (Mead, 1927, p.202).

Después de las anteriores líneas y de esta larga y sustanciosa cita, podría surgir la confusión de que las instancias señaladas fueran patentadas con derechos reservados por la persona, pero no es así; basta con enfatizar que el Mí está constituido por la adopción de

actitudes de los otros, de tal suerte que la experiencia resultante de la interacción con los otros no fue inventada por un individuo, a pesar de que ficticiamente muchos crean ser los autores originales de su experiencia.

Es ficticio porque -diría Fuentes-, hasta lo más original siempre necesita de dos, como en la conversación interna entre el Yo y el Mí; aunque "en la conversación interior no sólo hay más de uno: hay tres, porque si la conversación de la humanidad fue iniciada afuera, el público al cual uno se dirige, o la colectividad donde el diálogo se inició, sigue estando presente: siempre hay un Otro que cuando se internaliza y se abstrae, se generaliza" (Fernández (b), 1991, p.21).

El tercero que está en "la comunidad o grupo social organizado, (...) puede ser llamado el Otro generalizado (...), (y) su actitud es la actitud de toda la comunidad" (Mead, 1927, p. 184), "es el que otorga el lenguaje, las normas, valores, (y) costumbres" (Fernández (b), 1991, pp. 21-22), que están en el aire, por ello podemos inhalarlas.

Tales características culturales que aporta el Otro las exhalamos al reproducirlas, convirtiéndonos en el Otro para otros; por eso, "es en la forma del Otro generalizado que los procesos sociales influyen en la conducta de los individuos involucrados en ellos y que los llevan a cabo, es decir, que es en esa forma que la comunidad ejerce su control sobre el comportamiento de sus miembros individuales porque de esa manera el proceso o comunidad social entra como factor

determinante, en el pensamiento del individuo" (Mead, 1927, p.185).

"En el pensamiento abstracto el otro adopta la actitud del Otro generalizado hacia sí mismo (...); y en el pensamiento concreto adopta esa actitud en la medida en que es expresada en las actitudes hacia su conducta por parte de aquellos otros individuos junto con quienes está involucrado en la situación o acto social" (Mead, 1927, pp.185-186); por ello, hasta en una charla de café con cualquier otro, el Otro sigue presente.

Es a través del Otro desde donde el "Mí se da cuenta valorativamente de las andanzas del Yo" (Fernández (b), 1991, p. 22), puesto que lo hace desde la cultura -que es juez y casi siempre parte-, donde puede respirarse el Otro.

En tanto consideramos a la cultura como producto de la comunicación e interacción simbólica o subjetiva, objetivizada en el consenso social, el Otro es por lo tanto un invento colectivo que a su vez inventa a los individuos.

De esta manera, la persona con sus entidades constitutivas -el Yo, el Mí y el Otro- es la suma de las actitudes adoptadas de otros -formalizándose el Mí privado o subjetivo-, a las que reaccionamos -a través del Yo que se encarga de hacer pública u objetiva la experiencia del Mí-, valorado por el Otro.

1.3. LA PERSONA SURGE DE LOS OTROS.

Es muy común que una persona empiece a interactuar con la familia, institución transmisora de las normas, valores y costumbres existentes en los grupos sociales con los que interactúan sus miembros, sea el lugar de trabajo, los vecinos, amigos, otros familiares.

Tales miembros llevan consigo actitudes adquiridas en otros lugares con otras personas, por lo que, en resumidas cuentas, lo que uno adopta en el seno familiar no es de suyo propio sino de un conglomerado social más amplio.

La adopción de actitudes sociales es más evidente cuando se sale a la escuela o a la calle, lugares donde se multiplican las personas con las que se trata, quienes a su vez, también han adquirido actitudes sociales en otros grupos.

Los niños llamados 'de la calle', de principio se relacionan entre sí y con policías, taxistas, conductores, instituciones, explotadores, investigadores, comerciantes, de quienes se adoptan actitudes más o menos en 'bruto'.

Así, sea en familia o en la calle, la adopción de actitudes es multipersonal; por lo tanto, el Mí -que surge de todas las adopciones y constituye la experiencia personal- es colectivo, multipersonal.

Todas las personas de las que se adoptan actitudes, están en el Otro, en el conglomerado social, en la comunidad o en la sociedad, misma que se ha estudiado desde lo dialéctico -donde el todo se compone por sus partes y éstas

por el todo-, y desde la postura de los teóricos de la forma-donde el todo es más que la suma de sus partes- entre otras aproximaciones (Cfr. Habermas, 1963, p.21).

Sin embargo, lo que nos interesa es que en la sociedad con gente, -de la que no damos definiciones porque éstas como casi todas, tienen la costumbre de abarcar mucho y apretar poco-, y en la realidad social, se gesta una infinidad de ideas, corrientes de pensamiento, 'el espíritu de la época', y diversos personajes como:

Nietos de toreros disfrazados de ciclistas,
ediles socialistas, putones verbeneros,
peluqueros de esos que se llaman estilistas,
...trotamundos, fantasmas soplones de la pasma,
pintorcillos vanguardistas, genios del diseño.

...Escritores que no escriben, vividores que no viven,
...tiburones de la noche con teléfono en el coche y con fax,
caballeros en oferta, señoritas que se quieren casar,
...azafatas de congreso del brazo de sus chulos.

...Mulatonas caribeñas que ponen a la peña de pie,
blanca nieves en trippie, amor descafeinado,
cenicienta violando al príncipe encantado,
cicerones de la ruta del mal, mercachifles del vacío total,
especialistas en nada, inventores del TBO,
Julietas demacradas que no encuentran a Romeo.

...Filósofos con caspa, venus oxidadas,
apóstoles del sida, lengua envenenada,
...doctores en chorradas, triunfadores con mosca,
yuppies que esta temporada no se comen una rosca.

Equilibristas del tedio, un gorila armando gresca en el bar,
...morenazos de balcón y rayos U.V.A.,
futurólogos borrachos como cubas,
...y un psicólogo argentino mostrándote el camino...²

y diversos estilos de vidas como:

2 Sabina, J. Todos menos Tu.

Al Capone en Chicago,
...viejo verde en Sodoma,
...¿policia?, ni en broma
...tahúr en Montecarlo,
cigarrillo en tu boca
taxista en Nueva York.

El más chulo del barrio,
...comunista en las Vegas,
...flautista en Hamelin.

Billarista a tres bandas,
...dueño de un cabaret,
...pianista de un burdel.

...Cronista de sucesos,
detective en apuros
conservado en alcohol.

Violador en tus sueños,
suicida en el viaducto,
guapo en un culebrón
...fotógrafo en play boy...³

y otros tantos que uno incorpora.

Podría agregarse más de lo citado, pero es tal la diversidad que ni con mucho agotaríamos lo existente en aquella entidad, por eso no es posible conocerla del todo en un sólo momento; empero, gran parte de ella puede ser conocida a partir, tanto de los grupos de los que formamos parte, como por otras personas que forman parte de otros grupos.

Debido a que tampoco nos relacionamos con todas las personas al mismo tiempo, con cada una de ellas generamos un momento particular, de tal modo que "la experiencia social misma es lo que determina la proporción de persona que entra en comunicación. Por supuesto, buena parte de la persona no necesita expresión. Establecemos toda una serie de distintas

³ Sabina, J. La del pirata cojo.

relaciones con diferentes personas. Somos una cosa para un hombre y otra para otro (...). Nos dividimos en toda clase de distintas personas, con referencia a nuestras amistades.

'Discutimos de política con una y de religión con otra. Hay toda clase de distintas personas que responden a toda clase de distintas reacciones sociales. El proceso social mismo es el responsable de la aparición de la persona; ésta no existe como una persona aparte de ese tipo de experiencia" (Mead, 1927, p.174).

Es evidente que las actitudes que uno adopta sólo son fragmentos del Otro, no del Otro completo, y otros adoptan otros fragmentos por lo que -afortunadamente- en la colectividad se genera una gama infinita de maneras de ser, de pensar, de actuar.

En este sentido, el Mí de la persona se encarga de matizar lo que conocemos como personalidad y todos sus rasgos de carácter. Tales rasgos -como hemos visto-, no son originales de la persona -puesto que la adopción de actitudes no nada más se hace de un otro sino de varios otros-, ni totales -porque éstos sólo son manifestaciones parciales que dependen de la experiencia del momento.

Por esta cuestión, "la estructura de (la) persona expresa o refleja la pauta general de conducta del grupo social al cual pertenece, así como lo hace la estructura de la persona de todos los demás individuos pertenecientes a ese grupo social" (Mead, 1927, pp.192-193). "El fenómeno de la disociación de la personalidad es causado por una ruptura de

la personalidad completa unitaria, en las personas de que está compuesta y que respectivamente corresponden a los distintos aspectos del proceso social en que está involucrada la persona y dentro del cual ha surgido su persona completa o unitaria: tales aspectos son los distintos grupos sociales a los que pertenece dentro de ese proceso" (Ibid, p.175).

Por otra parte, si sólo nos quedamos con el Mí, constituido "por las actitudes de otros, organizadas e incorporadas a la persona de uno" (Morris, 1972, p.37), veríamos a una persona pasiva, justo como no es, ya que la persona es capaz de reaccionar a través del Yo, a todas esas actitudes adoptadas; de tal manera que con esa reacción influye en los otros, quienes a su vez adoptan como actitud aquella reacción.

En el conjunto social donde uno influye y es influenciado "la persona no es algo que exista primeramente y luego entre en relación con otros, sino que, por así decirlo, es un remolino en la corriente social, y, de tal manera una parte de la corriente. Es un proceso en que el individuo se adapta continuamente a ella. De modo que el Yo y el Mí, ese pensamiento, esa adaptación consciente, se convierte entonces en parte de todo el proceso social y torna posible una sociedad más altamente organizada" (Mead, 1927, p.209) que nos da la categoría de persona, por tanto surgimos de los otros para formar parte de otro grupo encargado de construir otras personas.

1.4 LA PERSONA SE CONSTRUYE A SI MISMA.

En la medida en que un nuevo miembro forma parte de la comunidad -llámese familia, grupos de pertenencia o de referencia-, de donde adopta actitudes -siendo influido- a las que reacciona -influyendo-, y de donde toma conciencia de sí -a partir de un proceso de diferenciación en el que uno se reconoce a sí mismo cuando ha reconocido a los otros-, surge de los otros siendo una persona.

Afirmar que se surge de los otros quizá resulte un poco molesto a los llamados 'narcisistas'; sin embargo, para su parcial alivio, haría falta completar el cuadro donde la persona también se construye a sí misma, o lo que es igual se convierte en objeto para sí.

El alivio, como dijimos, es parcial, porque aun cuando uno se construye a sí mismo, se hace desde la perspectiva del Otro que siempre está presto a juzgar, cuestionar, aplaudir o regañar las acciones que se han hecho. Además, a la construcción de sí le anteceden los grupos de los que se ha formado parte.

En otras palabras, uno puede convertirse en objeto para sí porque de los otros se ha adquirido conciencia de sí.

Ahora bien, -viene el alivio-, no queremos decir que la individualidad sea inexistente, por supuesto que existe, pero "la estructura organizada de cada persona individual, dentro del proceso social de experiencia y conducta, refleja la pauta de relaciones organizadas de dicho proceso en cuanto a un todo y está constituido por dicha pauta" (Mead, 1927, p.226).

De esta manera, la experiencia colectiva acompaña a la persona individual a los espacios en que ésta se relaciona y

"refleja un distinto aspecto o perspectiva de esa pauta de relaciones (...) desde su punto de vista único; y, así, el origen social y constitución comunes de las personas individuales y de sus estructuras no excluye la existencia de amplias diferencias y variaciones individuales entre ellas, ni contradice la individualidad peculiar y más o menos distintiva que cada una de ellas posee en realidad (...); (y) puesto que cada uno está diferente o singularmente relacionado con ese proceso total y ocupa en él su propio foco (...), la estructura de cada uno está constituida por esa pauta de un modo distinto del que está constituida la estructura de cualquier otro" (Mead, 1927, p.226).

Así, la diferencia estructural de cada individuo, es determinada por la experiencia social de un momento específico y el contexto de los espacios públicos y privados.

Lo público y lo privado "son dos palabras opuestas, como la luz y la sombra, arriba y abajo, aquí y allá, pero son sobre todo, un concepto cuya palabra no está aun totalmente acuñada como claroscuro, subibaja, o vaivén, (...). Son la dirección de la mirada que en un sentido ve público y en el otro privado.

Por público se puede entender todo aquello (ideas, sensaciones, gestos, objetos, colores, ropas, reglas funciones, espacios, lo que sea) que es comprensible en un momento y lugar dados pero que en otros ni es comprensible, ni sabido, ni compartido, ni conocido, ni real, ni público, y por lo tanto es privado, que es todo aquello que no cabe en un momento y lugar dados, y que funciona como real ahí, aunque en otros tenga una realidad sólida y duradera" (Fernández (c), 1991, p.42; paréntesis en el original).

En este sentido, las diferentes personalidades que una misma persona posee se tornan relativas a partir del espacio en que se manifiesten, "por lo que se puede entender que alguien sea estrictamente solemne en la ropa, los modales, las opiniones y el lenguaje durante una reunión de trabajo, y estrictamente infantil, juguetón, ingenuo y hogareño durante una reunión familiar, y que ambos comportamientos pueden ser vistos desde otro espacio como estrictamente ridículos" (Fernández (c), 1991, p.38).

Cualquier espacio en el que la persona se desenvuelve tiene, dependiendo del cristal con que se mire, su zona pública y privada; tales zonas se encargarán de matizar todas las acciones que uno lleva a cabo para su construcción.

Aquí sólo tomaremos cinco espacios con sus zonas públicas y privadas respectivamente; a saber: a) el individuo: consciente-olvido; b) la casa: sala-recámara; c) la reunión: caras-espaldas; d) la calle: explanada-laberinto; e) la oficina: administración-poder (Cfr. Fernández (c), 1991, pp.39-58).

Lo más privado de la colectividad es el individuo, pero cuenta con su zona pública correspondiente a lo consciente y su zona privada vista como olvido.

Lo consciente es el lugar donde habitan las palabras y sus respectivas imágenes que en conjunto forman la experiencia y la memoria -reconocidas por el Mí- que se hace aun más públicas cuando a través del Yo se le platican a otro.

Algunas de las cosas que caben en la experiencia podrían no darse a conocer y guardarse en secreto, pero sería un secreto hecho de lenguaje público que uno mismo pone a jugar y platicar

interiormente porque se "puede pensar y conversar consigo mismo del mismo modo que se ha comunicado con otros" (Mead, 1927, p.172) y cuando "uno habla consigo mismo, (lo hace) como hablaría con otra persona" (ibid, p.172), buscando "inevitadamente un público oyente" (Ibid, p.172), que puede ser cualquier otro o uno mismo:

-Corre-, dijo la tortuga,
-atrévete-, dijo el cobarde,
-estoy de vuelta-, dijo un tipo
que nunca fue a ninguna parte.

-Sálvame-, dijo el verdugo,
-sé que has sido tú-, dijo el culpable,
-no me grites-, dijo el sordo,
-hoy es jueves-, dijo el martes,
y tú no te perfumes
con palabras para consolarme.

Déjame solo conmigo,
con el íntimo enemigo
que malvive de pensión
en mi corazón.

El receloso, el fugitivo,
el más oscuro de los dos,
el pariente pobre de la duda,
el que nunca se desnuda
sí no me desnudo yo.

El caprichoso, el orgulloso,
el otro, el cómplice traidor.

-No mientas-, dijo el mentiroso
-buena suerte-, dijo el gafe
-ocúpate del alma-, dijo
el gordo vendedor de carne.

-Pruébame-, dijo el veneno,
ámame como odian los amantes,
-drogas no-, dijo el camello,
-cuánto vales-, dijo el gángster
a punto de rendirme, estaba
a un paso de quemar las naves.

Cuando al borde del camino
por dos veces el destino
me hizo un guiño, en forma
de labios de mujer.

-nos invitas a una copa,
-yo te secaré el sudor,
-yo te abrazaré bajo la ropa,
-quién va a dormir conmigo,
ni lo sueñes,
-contestó- una indignada,
y otra encantada no dijo nada,
y sonrió.

A tí te estoy hablando, a tí
que nunca sigues mis consejos,
a tí te estoy gritando, a tí
que estás metido en mi pellejo,
a tí que estás llorando ahí,
al otro lado del espejo,
a tí que no te debo,
más que el empujón que anoche
me llevó a escribir esta canción.⁴

4 Sabina, J. Corre, dijo la tortuga.

Otro autodiálogo es el siguiente:

"Al otro, a Borges, es a quien le ocurren las cosas. Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los mapas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de un modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor..."⁵

Es cierto que la cualidad de la conversación interna dependerá del humor o de las circunstancias que en esos momentos atraviesen nuestra experiencia, porque en definitiva, uno no platica consigo mismo de la misma manera si se estuviera desempleado, enamorado, tristón o deprimido, pero el proceso siempre es el mismo: con palabras e imágenes desde la parte pública del individuo.

Lo privado del individuo, es tan privado que uno mismo ni lo conoce, "es lo que cotidiana y psicoanalíticamente se le llama el inconsciente (...). La zona privada solamente puede ser una zona elucubrada pero no vista, porque de serlo, ya no sería privada, y

⁵ Borges, J. (1934) Borges y Yo.

por lo tanto, de ella sólo se puede saber que hay una puerta, una escalera que se empenumbra bajando, una pared cruzada de la cual ya no se sabe nada, un abismo cuyo fondo no se ve, y donde lo desconocido solamente se intuye por sus límites conocidos; lo que cruza esa puerta, un recuerdo, una idea, una sensación, se va a la nada, al olvido absoluto, y nunca vuelve, porque lo que va a la nada nunca vuelve, y lo que viene de la nada siempre es nuevo" (Fernández (c), 1991, p.43).

Así, al atravesar lo laberíntico de la obscuridad privada con una linterna de palabras e imágenes, se convierte en pública, conocida y susceptible de ser comunicada; por eso, cuando se descubren los motivos que nos hacen estar enamorados uno casi casi deja de estarlo.

Lo público y lo privado del individuo también está en su cuerpo, donde lo público es principalmente la cara, la cabeza, los brazos, las manos; las zonas privadas -que desde Freud y en decente- son algunas zonas erógenas, las piernas, el abdomen, la espalda y los pies, a los que se les dificulta la estética cuando los adornan callos o juanetes.

Por otra parte, cuando el individuo desde su zona pública, o sea la conciencia, se comunica consigo mismo mediante las palabras y la imaginación, por lo general se encuentra en otro espacio privado, porque -por decirlo de algún modo-, la regla de los espacios es que lo que se hace en uno público, pertenece a otro privado, de modo que cuando uno está recostado al lado de la almohada recordando lo sucedido durante el día, regañándose, alabándose, solucionando problemas existenciales, laborales o domésticos, volcándose al pasado-presente de uno mismo,

sintiéndose de buen o mal humor, solo, acompañado, triste o contento, siempre a la luz del Otro, nos encontramos en la zona privada del hogar, es decir en la recámara.

No es casual pues, que en estos espacios privados domésticos uno piense en eso que conocemos como vida privada, pero empleando nuestro único foco de atención que nos hace tener conciencia de lo que uno cree ser.

Cuando se sale al espacio público doméstico, es decir a la sala, domésticamente se platican los problemas escolares, los diversos gastos, las anécdotas familiares que siempre son las mismas, las charlas de sobremesa, los chismes vecinales...

En dicho espacio, a las visitas se les expone lo público de los que ahí habitan: enciclopedias, discos, floreritos y ceniceros que adornan la mesa de centro con sus respectivas carpetitas, mientras que los objetos íntimos se quedan guardados en lo privado, en lo íntimo del hogar.

De esta manera, los espacios del hogar provocan tanto acciones como conversaciones similares al espacio en que uno se encuentra, donde la comunicación se lleva a cabo con la simpatía de los gestos y las claves que sólo quien ahí vive conoce. El

El individuo también se construye -tomando actitudes de los otros- en todo tipo de reuniones y en contacto con otras gentes, donde lo público son las caras y lo privado lo delimitan las espaldas.

Las reuniones se realizan en cualquier sitio donde se aglutine gente como en "los cafés y bares, igualmente las universidades y escuelas, las tiendas, los bancos, los cines, los hoteles, las salas de concierto y cualquier otro lugar donde

pueda entrar cualquier hijo de vecino de acuerdo con cierto precio, horario, etiqueta, edad, examen de conocimientos, y otras formas de reservarse el derecho de admisión" (Fernández (c), 1991, p.49).

En tales sitios, el modo de comunicación imperante es la conversación con los otros más o menos de frente, mostrando la cara al que se le habla y viéndole la suya, dando así el carácter público del lugar.

En esta situación, cuando uno platica con otro de cualquier tema, sin importar la profundidad del mismo, se genera una conversación privada.

Al tiempo de desarrollarse dicha charla privada se le da la espalda o cualquier costado al de a lado o al de atrás, denotando así que ellos no están incluidos en esa charla, por lo tanto no tienen derecho de participar ni de preguntar nada -cuestión que no comprenden los inoportunos-, marcando de esta manera lo privado del lugar; en otras palabras las fronteras de la charla pública son los alcances de nuestro cuerpo y los objetos personales como bolsas, paraguas, libros, etcétera, que colocamos a nuestro alrededor; por ello estos espacios bien pueden denominarse semipúblicos y semiprivados.

Estos sitios de reunión son por excelencia los lugares donde se puede conversar de casi todo y de casi nada, con conocidos o desconocidos, de la misma colonia o del otro lado de la ciudad, con personas de diversos oficios, profesiones, actividades, estados civiles, de manera que dichos espacios en un mismo momento, reproducen actitudes de todo tipo de gente.

También se reproducen modas, recetas, dietas, soluciones a la contaminación, la continuación de las telenovelas, ideas para salir de la crisis; y por allá, en el último rincón la pareja que se aparta del espacio para inventar el propio con las manos de ambos debajo de la mesa.

Por otra parte, la calle -que también nos constituye-, cuenta con su zona pública que es la explanada y lo privado, lo laberíntico, donde la comunicación se da principalmente por la publicación de marquesinas, anuncios, escaparates, pintas, etcétera.

A lo privado de la calle entramos sin darnos cuenta, porque el entrar a esta zona privada se hace sin ninguna voluntad premeditada, es perderse en ella, descubrir sus adornos y decorativos que la rutina y el trajinar de la prisa hacen invisibles.

Lo laberíntico corresponde a las calles, callejones, callejuelas, andadores, que uno descubre inspirado por la calle misma, a las que se les mira sin querer, sobre todo cuando uno le hace mala cara a la modernidad y osa perder el tiempo en estos lugares

De hecho, conocer una ciudad es descubrirla sin ir específicamente a alguna parte, es respirar su aire guiados por la curiosidad del niño o del turista, es caminar precisamente como en un laberinto haciendo como que se busca la salida, entrar a donde no pasa nada más que lo de diario, con gente anónima sin biografía 'importante' ni estrellatos, coches, bicicletas, letreros, maniqués, ofertas, propagandas, niños tomados de un brazo de la madre porque en la otra llevan el mandato.

Eso es lo privado de la calle, lo que nunca aparece en los diarios; cuando aparece es porque sucedió algo extraordinario, y entonces se convierte en zona pública, en explanada, donde muchos pares de ojos clavan la mirada en un sólo suceso.

En lo público uno no se pierde, se llega por voluntad, con la certeza de saber a donde dirigirse, a esta zona "pertenecen todas las plazas y avenidas principales que pueden servir de escenario a movimientos sociales, a expresiones públicas" (Fernández (c), 1991, p.53), por eso a las autoridades se les grita desde la explanada.

Aunque en muchas ocasiones la explanada de pronto aparezca vacía, su carácter público no desaparece, la gente está ahí y en la memoria de los que por ahí circulan, es decir, lo público no lo da el número de gentes que quepan en el espacio sino el pensamiento de éste.

Las imágenes de la calle en ambas zonas son todos los letreros de los que se vale para expresarse, mismos que cuando se leen nos dicen el clima social de aquella zona; así, con la sola lectura y estilos de las marquesinas, uno más o menos sabe donde anda, lo mismo ocurre con pintas, anuncios, revistas y afiches.

En el aire de estas zonas que nos piensan según donde estemos parados, es donde también sentimos al Otro, mismo que matiza hasta las faltas de ortografía de algunos graffitis.

Otro espacio ya muy común, conocido y distribuido entre la calle, es cualquier oficina del tipo que sea, cuya cara pública es la administración, quien además es la que se muestra a la colectividad.

La administración es la encargada de traducir en palabras y signos precisos las demandas colectivas, es decir, mientras la sociedad civil en imagen piensa que los asesinos, narcos y sacadólares deben estar en la cárcel, la administración crea entonces reglamentos precisos que marcan las condiciones, tiempos y circunstancias en los que éstos llegarán a estar presos si es que llegan.

Así, a través de lo público de la oficina, uno se entera de los reglamentos, procedimientos, formas de hacer las cosas, trámites, requisitos de cómo inscribir un proyecto de tesis por ejemplo, el resultado de tal o cual elección, incluso de la reglamentación necesaria para formalizar el amor.

Pero de lo que uno no se entera es de quién decidió traducir de tal o cual manera las imágenes colectivas, porque éste no es público y no da la cara, por lo tanto es privado, es el poder.

El poder está tan separado de la colectividad, que no se ve pero se siente con sus decisiones que de antemano, ni preguntan ni escuchan argumentos, sólo ejecutan; decide y la decisión se reglamenta con la administración misma que no comunica, sino que informa porque no pide consenso ni puntos de vista, sólo da a conocer las cosas.

Sin embargo cuando lo privado abusa demasiado a veces le da miedo y se tambalea, sobre todo, cuando provoca lo que no pueden detener, el espíritu colectivo.

Hasta aquí, es posible que exista la impresión de que la persona se perdió en los espacios y que éstos no explican cómo se construye a sí misma; pero no es así. Basta con traer a colación cuestiones establecidas en los apartados precedentes.

En este sentido, el Mí de la persona que se ha constituido a partir de las actitudes de los otros, se organiza de acuerdo al espacio, es decir, integra lo previamente incorporado y lo fusiona con el momento; por ello, el Yo reacciona consecuentemente con el espacio en cuestión. Actúa y comunica la experiencia del Mí, dando lugar a que la persona con su Mí y con su Yo, a la luz del Otro, sea objeto para sí, tenga consciencia y autoconsciencia, identidad y significado de las cosas en cada espacio.

Así, la persona piensa en torno a los diferentes espacios, se constituye en el pensamiento de éstos, de modo que cuando cambia de espacio, cambia de pensamiento, desde un punto y manera particular.

1.5. LA METAFORA DE LA PERSONA

Las personas han construido infinidad de medios de comunicación a través del tiempo, dichos medios van desde lo muy sencillo como el juego de niños de hablar con dos vasos unidos por un hilo estirado, hasta el moderno juego de algunos adultos que se comunican con fax.

Sin embargo, lo simple o complejo del medio no importa mucho, porque éstos no tienen sentido alguno si una persona no tiene que decirle algo a otra, de manera que lo importante es que haya por lo menos dos que se comuniquen y se comprendan por usar el mismo lenguaje.

Dado que el pensar es platicar interiormente con lenguaje público, podemos decir que con el lenguaje es posible construir pensamientos, emociones, ideas, estados de ánimo como el sentirse solo y expresar con palabras que una ha sido o se siente abandonado, significar símbolos, platicar, inventar genialidades o chismes, herir o alabar a otros, pronunciar discursos, o escribir esta tesis, de modo que cualquier otro que escuche, lea o vea cualquier cosa, la interpretará y hará comprensible por medio del lenguaje, como ocurre con la realidad que "sólo existe en la medida que hay alguien que la interpreta" (Fernández (c), 1991, p.100).

Ahora bien, "la idea de que la realidad está compuesta de la relación entre palabras e imágenes está presente, bajo múltiples nombres, en todas las teorías del conocimiento" (Fernández (c), 1991, p.100) y dado que las metáforas son palabras con imágenes, las metáforas por tanto, son conocimiento.

En su amplio e interesante estudio sobre diversos tipos de metáforas, Lakoff y Johnson muestran como por medio de ellas comprendemos y conocemos el mundo, y en una de tantas conclusiones dicen que las metáforas impregnan la vida cotidiana, el pensamiento, el lenguaje, la acción (Cfr. Lakoff, 1980, p.39), y afirman que "nuestro sistema conceptual ordinario, en términos del cual pensamos y actuamos es fundamentalmente de naturaleza metafórica" (Lakoff, 1980, p.39).

La metáfora como elemento inherente del lenguaje ha sido objeto de interés de diversos campos como el de la lingüística por ejemplo y no sólo de la poesía o de la retórica, empero, independientemente de quien las estudie, "la metáfora surge de la inserción en un determinado contexto de una nota que proviene de otro distinto" (Millán, 1980, p.11).

Así, en la frase '*la soledad es un abismo*', se mezclan entidades de contextos diferentes, pues la soledad es más o menos un estado de ánimo y el abismo un caprichoso espacio físico de la naturaleza que generalmente va hacia abajo, a lo profundo y oscuro, pero ambos contextos generan una *gestalt* por la que comprendemos cómo se vivencia la soledad, que al margen del espacio físico, mucha de ella, en rigor, es un abismo, de aquí que "la esencia de la metáfora (sea) entender y experimentar un tipo de cosa en términos de otra" (Lakoff, 1980, p.41).

A la entidad persona, también la comprendemos por medio de metáforas que se encuentran insertadas en el lenguaje cotidiano y debido a su abundante uso, las metáforas de la persona en apariencia han desaparecido, digamos que se han convertido en metáforas muertas pero al fin y al cabo metáforas.

Lo que llamamos persona lo podemos comprender desde alguna postura teórica o desde lo que decimos metafórica y cotidianamente de ella que es un poco más 'vivo' que la teoría, aunque esta sea también una construcción metafórica de la realidad.

Antes de pasar a algunas metáforas de la persona, vale la pena aclarar que estas "son básicamente culturales, y además en gran medida propias de cada lengua determinada" (Millán, 1980, p.24), por lo que quizá a nosotros nos resultan muy familiares por estar en contextos conocidos mientras que a un habitante de Singapur tal vez le parezcan extrañas, como muy probablemente las de ellos nos parecerían igual, pero la cuestión de entender una cosa por otra, no varía.

Una primera metáfora de la persona es que LA PERSONA ES UNA MAQUINA.

En efecto, para referirnos a una persona traemos conceptos de otros contextos para comprender que sucede con ella, y entonces generamos expresiones metafóricas como por ejemplo:

Hoy no *carbu*ro bien

No estoy *carburando* bien

donde hacemos referencia a que no se están haciendo bien las cosas por no 'estar a tiempo', o no contar con condiciones óptimas para llevar a cabo cualquier acción.

Cuando decimos:

Te falta un *tornillo*

Te *patina* el coco

queremos decir que alguien nos parece un poco loco, con acciones o ideas descabelladas o raras, como raro o extraño sería el

funcionamiento de una máquina sin un tornillo o con algún engrane patinando.

En las expresiones:

Por tanto trabajar me quedé sin vapor

Se te acabó la energía

apelamos a una condición de cansancio o fatiga, pero si la persona ya tiene hambre, entonces diremos que:

Le falta gasolina

Con la misma metáfora de la máquina, alguien puede ser halagado u ofendido según el contexto, si le decimos que:

Es muy potente sexualmente

Es impotente sexualmente.

Otra metáfora es: LA PERSONA ES UN VEHICULO, que se mueve, se frena, se maneja, da vueltas, etcétera. Tales acciones también las trasladamos a circunstancias de las personas como en las frases:

Lo frenaron desde que empezó a hablar

Se puso en marcha cuando llegó el nuevo equipo de trabajo

Una expresión metafórica común en algunas familias es cuando le dicen al adolescente:

Condúctete con cuidado

pero si es pequeño, dirán que:

El bebé se mueve y camina con mucha gracia.

En ámbitos un poco más 'serios' como el de la política, la metáfora LA PERSONA ES UN VEHICULO se sigue presentando en las expresiones:

Se manejó con cautela

Viró de posición

y en el chisme es común escuchar que alguien:

Perdió el control cuando se entero de...

Por último, la misma palabra 'persona' desde su raíz etimológica nos da otra metáfora, donde la persona resulta ser (*personna=mascare*) una máscara.

De hecho, recordando un poco al teatro griego que se llevaba a cabo en foros abiertos, los actores utilizaban una máscara que además de cubrir el rostro, servía de altavoz para los que estaban en la última fila.

Así, la máscara -que también es la cara-, esconde a la persona, cubre su ser, pero ese ser que oculta es inexistente mientras no tenga palabras, porque lo que existe allá, en el fondo de uno mismo, se hace con palabras.

Entonces, tenemos que detrás de una máscara hay una persona, por lo tanto: LA PERSONA ES UNA MASCARA.

La metáfora o concepto metafórico LA PERSONA ES UNA MASCARA genera frases metafóricas de uso cotidiano como cuando decimos:

no dio la cara

te vieron la cara

En estas frases sabemos que hablamos de una persona a partir de la cara, lugar donde se coloca la máscara, y desde la cara también decimos:

!con qué cara;

Esta metáfora presenta una dualidad en su significado porque dependiendo del contexto en el que se pronuncie *con qué cara*, puede ser un reproche o una expresión de incertidumbre.

En la metáfora:

te dieron cachetada con guante blanco

no se explicita la cara, pero sabemos que las cachetadas se dirigen hacia esa parte del cuerpo y que se dan con la mano aquí cubierta por un guante blanco que nos remite a la pureza, donde la cachetada no fue dada por una cuestión vengativa ya que de haber sido así, más o menos tendría que decirse: te dieron *cachetada con guante negro*.

Al saber que la cara es de lo más público de la persona, pues ya es bien fácil articular la metáfora:

te vieron la 'p' en la frente

donde la 'p', en franca evidencia es del todo contextual.

Cabe agregar que una persona, sus sentimientos, pensamientos, no son estrictamente una metáfora de sí mismos porque tienen existencia propia. Sin embargo, cuando dicha persona y sus atributos son construidos mediante el lenguaje, y cuando la persona al incorporarlo a su vez se construye lingüísticamente, la construcción cobra un sentido cualitativa y cuantitativamente diferente a la mera existencia, de modo que sólo a través de la construcción metafórica es que podemos comprender y significar aquella existencia propia.

CAPITULO II EL PROBLEMA DE LA SOLEDAD.

*En la soledad
se alimenta el talento*

Goethe

La soledad en los tiempos actuales se ha convertido en tema de casi todos los días y todas las personas; se habla de ella en infinidad de charlas, discusiones, reclamos, algunas veces con pesares y otras con confusiones: "tengo lo que más se parece al amor/ y no sé/ si realmente es la soledad lo que llevo aquí" ⁶

También se le cita en la literatura, en las canciones que cotidianamente escuchamos; en fin, está en medio de todos, en el aire público y en el aire que se exhala cuando se pronuncia la palabra propia, misma que al ser escuchada por uno mismo o por los otros, no pocas veces provoca ciertas sensaciones desde lo que llamamos las entrañas.

Tales sensaciones se sienten desde el mundo simbólico que no es del todo aprehensible por su significado en palabras, sin embargo a muchas de ellas -conocidas y desconocidas-, las denominamos soledad, que a su vez es comprendida por ciertas metáforas.

Vivenciar algunas de las sensaciones que se despiertan con la soledad en ocasiones no es nada grato, y para evitarlas, uno se empeña en ocultarlas bajo máscaras de felicidad, vida alegre y divertida, muchos amigos y

6 Guerrero, R. No me alcanza el tiempo.

parrandas, convirtiendo estas situaciones en estilos sin sentido.

De hecho, "cuando el individuo no puede establecer relaciones de sentimiento aparece como una experiencia vital dolorosa en torno a él. Esta soledad que no es la auténtica y madura, (...) (falsea) las relaciones humanas más significativas y hacen que el contacto con los demás sea de culpabilidad, doloroso y frío. Entonces ni la soledad ni la compañía conducen a la armonía sino a la ansiedad y a la intranquilidad" (Vargas, 1965. p.9).

Si bien es cierto, aquellas situaciones no son completamente sin sentido ni dolorosas, pero la sutil diferencia radica en que en el primer caso, cuando se falsean las relaciones, nos quedamos solos, etcétera, emergen por fuerza propia los destellos de vida vacía, la sensación de un malestar permanente e inexplicable, y la impresión de estar al mismo tiempo con todos y con nadie. En un segundo caso, esas mismas situaciones también pueden acabarse, incluso perderse el trabajo, la familia, la pareja, y quedarse uno solo, sin que esa soledad signifique un dolor jamás superable, retraimientos, nostalgias, severas melancolías, etcétera, y uno sentirse más o menos bien con la certeza de que las cosas se han acabado y con el recuerdo reminiscente.

Cuando con el saber estar solos y el recuerdo de los otros es suficiente para no abatirse, se genera una clase de soledad "que le permite al hombre saber qué quiere, a dónde va, quién es" (Caréaga, 1985, p.349).

En estas circunstancias, se presentan dos tipos de dualidades o polaridades en relación con la soledad, la primera es que uno puede estar físicamente solo, sin ninguna otra persona alrededor y no sentirse solo; y la otra es que se puede estar sin nadie al lado y además sentirse solo, que debe ser algo fatal.

La segunda dualidad, es que la soledad a veces es desgarradora, insoportable, es el infierno, es algo digamos 'malo', y a veces es necesaria para la reflexión, para la convivencia con uno mismo, para tener noción de sí, es algo llamémosle 'bueno'.

Con las dualidades que la soledad contiene, parece que existen 'distintas soledades'; sin embargo, como fenómeno, hablamos de uno solo que puede manifestarse con diversos matices.

Este es el hecho preciso que la convierte en un problema, que se nos presenta en dos dimensiones.

Por una parte, tenemos el problema teórico dada la complicación de ubicar a la soledad conceptualmente; y por otra, el problema social cuando se presenta con su 'mala cara' debido a las pérdidas, a la mecanización de la existencia, a la falta de vínculos, a la ausencia de un confidente, a la comunicación que no se completa y, provoca entonces estilos de relaciones viciosas, sin contenidos, de las cuales muchas de ellas abundan ya.

2.1. LA SOLEDAD DESDE LO TEORICO.

Pretender ubicar a la soledad dentro del espacio teórico es una tarea sumamente ardua; las complicaciones surgen desde el momento en que la soledad es otro concepto más que no se deja definir en términos operacionales como es requerido por cierto rigor científico, derivando con ello una dificultad para abordarla conceptualmente.

La misma dificultad la han tenido quienes la describen, la explican o la definen, porque al dar cuenta de ella, lo hacen de una manera parcial por los matices personales de los autores.

Los matices a los que nos referimos *grosso modo* se dividen en dos bandos -como veíamos en una dualidad de la soledad-, por un lado están los que la ven como una maldición o algo 'malo', y por otro los de la opinión contraria.

El diccionario que en lo general intenta ser 'objetivo' o neutral, define a la soledad de la siguiente manera: "Soledad (T: 'solitud' F.): 1.- Circunstancia de estar solo. Edo. de solo: 'en la soledad de su retiro'. 2.- Melancolía por la muerte o ausencia de una persona querida o la pérdida o falta de una cosa. 3.- (Generalmente plural) lugar solitario: 'no sé cómo puede vivir en aquellas soledades' (T. 'soledumbre'). 4.- Forma completa de soles". (Moliner, 1981, p.1193).

Podrían citarse más diccionarios pero dicen casi lo mismo, por ello veamos a otros autores como a "Binswagner (que) define a la soledad como 'existencia desnuda', 'horror desnudo' y 'mera existencia" (Binswagner, 1961, en Vargas, 1965, p.15), mostrando así cierta destructividad de la soledad y su cara negra.

Otra opinión dice que "la soledad es el fondo último de la condición humana (...), es una pena, esto es, una condena y una expiación. Es un castigo, pero también una promesa al fin de nuestro exilio". (Paz, 1959, en Vargas, 1965, p.15).

Algunos escritores describen a la soledad como una experiencia específica y única pena, un estresor indiferenciado. Otros la ven como una respuesta a varias necesidades, circunstancias y situaciones (Cfr. Rokach, 1988).

Hay quien piensa que "sólo es humano lo que se hace pensando en sí mismo, reflexionando en radical soledad" (Ortega y Gasset, 1957, en Caréaga, 1985, p.349). También, con una dosis de optimismo se dice "que el hombre que descubre la soledad como una elección libre, no como una imposición de los demás, experimenta la verdad, la cultura, la naturaleza como transformación. Y el hombre en soledad adquiere fuerzas para retornar a la vida, con una dedicación completa, con el profundo deseo de llegar a una solución saludable de los problemas con la infinita posibilidad de encontrar alternativas sociales y personales, no bajo la

presión de falsas ideologías, de la paranoia o de las fantasías irracionales" (Ibid, p.351).

Una dificultad que surge con la soledad es que ésta, "en sí misma está lejos de ser abarcada con la mirada científica" (Vargas, 1965, p.10). "Inclusive se pretende decir que la soledad es un tema de especulación y sin ninguna utilidad pragmática; se alega que la ciencia moderna trata con objetos mensurables y que tengan la probabilidad de ser transferidos a números, por lo tanto es ocioso ocuparse de la soledad. Y no obstante todo lo anterior, la soledad es mensurable en términos de salud, creatividad, individuación, y así por el estilo" (Ibid, p.7).

Revisemos con más calma esta opinión, pues el que la soledad sea una especulación es una fortuna; si no pudiera especularse y si supieramos todo; no tendría sentido ni seguir escribiendo esto, pero como no sabemos todo, nos permitimos especular igual que como se hacía en los orígenes de la ciencia, cuando la realización de un experimento no se sabía a dónde conduciría; podría decirse que en aquellos tiempos, la ciencia era un divertido y misterioso juego, pero ahora mucha actividad científica se ha tornado más como un ensayo y error.

A la soledad también se le ha visto poco pragmática porque "los prejuicios que la cobijan, son muchos y abrumadores" (Vargas, 1965, p.7). Y claro, tomando en cuenta que un ideal de muchos es ser feliz, o por lo menos

coquetearle a la felicidad, pues a quién le va interesar investigar algo que generalmente asusta.

Empero se le veía con escasa utilidad pragmática porque en aquellos años (1965), la soledad no resultaba un tema vendible ya que los problemas humanos se consideraban -y en muchos casos se sigue haciendo- en términos políticos económicos y sociales, cuando en realidad muchos problemas son cuestiones de índole amorosa, sexual, de identidad, y de soledad por ejemplo.

Asimismo, se decía que era ocioso ocuparse de la soledad porque no era un objeto mensurable ni tenía la posibilidad de ser transferida a números. Sin embargo, en pocos años -de 1987 a 1993- en la publicación norteamericana *Psychological Abstracts*, se han referido alrededor de 600 artículos acerca de la soledad (Cfr. Montero, 1994).

Tal cantidad de artículos no son más que una manifestación de la preocupación imperante por un tema eminentemente humano, y aun cuando se desarrollan bajo un estricto rigor científico no se ha logrado un consenso global sobre lo que la soledad sea.

De hecho, "existen diversas definiciones para la soledad en términos psicológicos: a) como sentimiento (Lopata, 1969), b) como mecanismo adaptativo (Flanders, 1982), c) como estado afectivo (Leiderman, 1980), d) como inhabilidad personal (Jung-Glerveld, 1978), entre otros. Tal variedad de definiciones han sido agrupadas en tres categorías: 1.- como resultado de las deficiencias en las relaciones

interpersonales. 2.- como una experiencia subjetiva que contrasta con la evidencia física del aislamiento social. 3.- como una experiencia estresante y displacentera" (Montero, 1994, p.1).

En uno de tantos artículos, a partir del análisis de contenido de las respuestas emitidas por 526 personas se propuso un modelo de tres niveles asociados a la experiencia de soledad relatada. Se identificaron tres factores: a) autoalienación, b) aislamiento personal, y c) agonía, de los que se desprendían otros componentes: a) distrés fisiológico y conductual, b) autodepreciación, c) desapego social autogenerado y d) inmovilización. El factor más citado para describir la experiencia de soledad por los sujetos participantes fue el de trastorno emocional, y el menos citado fue el de inmovilización, teniendo todos los demás factores una connotación negativa de la soledad (Cfr. Rokach, 1988).

Se podrían citar muchos más artículos, sin embargo, para nuestros fines con lo citado es suficiente, puesto que en este apartado sólo pretendemos ubicar a la soledad conceptualmente. Además, lo rigurosamente científico por sí mismo, no es capaz de dar cuenta de una realidad global, sino que la disecciona y la explica mediante una construcción que hace de ella a través de otras construcciones más 'objetivas'. Por ello, también veamos qué se dice de la soledad en otros ámbitos.

Hay letras de canciones que acompañan a la soledad de situaciones, estados de ánimo, relaciones humanas....:

'...y la compañía vale soledad'. 7.

'Hoy viene a mi la damisela soledad...' 8.

'Vamos a andar
con todas las banderas
trenzadas de manera
que no haya soledad.' 9.

'...me escondo en el tiempo
susurro ¡estoy solo!'. 10.

'Sus olores
llenan ya mi soledad'. 11.

'Mi soledad se siente acompañada
por eso sé que necesito tu mano'. 12.

'No tengo nada que perder,
sólo el miedo a la soledad'. 13.

'Algunas veces suelo recostar
mi cabeza en el hombro de la luna,
y le hablo de esa amante inoportuna
que se llama soledad'. 14.

'y tiene nombre de mujer,
como la soledad, como el consuelo'. 15.

'Con su cara de dólar
ha amortizado varios maridos,
pero siempre está sola
poniéndole una vela a cupido'. 16.

'El metro huele a podrido
carne de cañón y soledad'. 17.

-
- 7 Rodríguez, S. Historia de las sillas.
8 Rodríguez, S. Oh melancolía.
9 Rodríguez, S. Vamos a andar.
10 Rodríguez, S. Hoy mi deber.
11 Milanés, P. El breve espacio en que no estás.
12 Milanés, P. Yolanda.
13 Sabina, J. Incompatibilidad de caracteres.
14 Sabina, J. Que se llama soledad.
15 Sabina, J. La canción de las noches pérdidas.
16 Sabina, J. Cristina.
17 Sabina, J. Caballo de cartón.

Lo mismo ocurre en ciertas frases célebres, poesía o fragmentos literarios:

'la soledad es el privilegio de todos los espíritus extraordinarios'. Schopenhauer. 18.

'triste estarás si estás solo'. Ovidio. 19.

'es en la soledad cuando estamos menos solos'. Lord Byron. 20.

'empecé mi vida igual que la termino: solo'. Sinue el Egipcio. 21.

'si sabes estar solo, seras dueño de ti mismo'. Da Vinci. 22.

'si no creo vínculos afectivos con quienes me rodean, viviré la peor de las soledades; la soledad en la muchedumbre'. Fornes. 23.

'Te puedo dar mi soledad, mi oscuridad, el hambre de mi corazón; trato de sobornarte con la incertidumbre, con el peligro, con la derrota'. 24.

'-No le gustan los animales?

-No. No particularmente. Quizás porque nunca he tenido uno.

-Son buenos amigos, buenos compañeros. Sobre todo cuando llegan la vejez y la soledad'. 25.

'La primera impresión es de desagrado, no sabemos por qué esperábamos una soledad total...'. 26.

'Deberíamos reírnos pero no. Ahora no, ahora que por fin y realmente es la soledad tan buscada y necesaria, ahora no nos reímos'. 27.

Aun después de las anteriores referencias, la soledad no es aprehensible; es como si tuviera vida propia que la hace moverse, esconderse, huir y aparecer de repente, sin poder verla ni describirla pero sí sentirla.

18 a 24 En Miquel, R. (1989). La Soledad.

25 Fuentes, C. (1962). Aura.

26 Cortázar, J. (1980). Historia con migalga.

27 Op. cit.

De hecho, existe otra dificultad que consiste en que desde cierto punto de vista, pareciera que la soledad no existe, aunque la afirmación parezca absurda.

Lo absurdo está dado porque, sin que la soledad sea vista, sí es sentida, incluso existe en circulación "cierta comprensión de 'término medio' sobre lo que la soledad sea" (Vargas, 1965, p.14).

En efecto, lo que se conoce de la soledad es más a un nivel vivencial y comprensivo, que claridad a través del lenguaje; como decía un griego: si me preguntan qué es, no sé; si no me lo preguntan, lo sé.

Esto sucede por una sutil 'deficiencia' del lenguaje, que a pesar de ser un símbolo comunicativo, no alcanza a dar cuenta de ciertas sensaciones aun sin significado en palabras, como las que aglutina precisamente la soledad.

Sin embargo, decíamos que la soledad en apariencia no existe. Y no existe desde el momento en que hemos sostenido que con el lenguaje uno habla consigo mismo igual que como habla con otro, y que con el lenguaje uno recrea su propia experiencia, adopta actitudes etcétera, y que además, en la medida en que se interioriza el lenguaje, se interioriza el todo colectivo, porque el lenguaje es colectivo, de manera que si uno puede hablar consigo mismo, ya no se está aislado.

En este sentido, después de que una persona ha surgido en la colectividad, "en cierto modo se proporciona a sí misma sus experiencias sociales y así podemos concebir una persona absolutamente solitaria. Pero es imposible concebir una

persona surgida fuera de la experiencia social. Cuando ha surgido podemos pensar en una persona aislada para el resto de su vida, pero es una persona que se tiene así misma por compañera y que puede pensar y conversar consigo misma del mismo modo que se ha comunicado con otros" (Mead, 1927, p.172).

Parece contundente afirmar que con el lenguaje no haya soledad, y de algún modo lo es; pero qué sucede cuando se habla consigo mismo y persiste la sensación de soledad; qué sucede cuando se le comunican a otro -que puede o no entender- sentimientos llenos de dolor, angustia..., y la soledad se queda ahí.

Si partimos de la premisa psicoanalítica donde la 'cura' surge a partir de hacer consciente lo inconsciente, o en otras palabras nombrar lo que era innombrable, con decir que uno está solo se sentiría con ello aliviado -sobre todo de la soledad que carcome-, pero al menos con la soledad no sucede del todo así porque encierra cosas aun innombrables, por tanto no permisible a lo consciente.

Una respuesta a los anteriores cuestionamientos, es que la soledad no está propiamente en la conciencia personal sino en la experiencia colectiva innombrable.

En cierta forma ya se habían puesto cuestiones como la soledad fuera de la persona, en la experiencia: "ocasionalmente tenemos experiencias, que decimos, pertenecen al ambiente. Todo el mundo parece estar deprimido, el cielo se muestra sombrío, el tiempo está desagradable, se hunden

los valores en los cuales tenemos interés. No identificamos necesariamente semejante situación con una persona, simplemente sentimos en derredor nuestro cierta atmósfera. Llegamos a recordar que estamos sujetos a tales clases de depresión, y descubrimos en nuestro pasado ese tipo de experiencia. Y entonces sentimos algún alivio, tomamos una aspirina, o descansamos, y el resultado es que el mundo cambia de carácter" (Mead, 1927, p.194).

Efectivamente, aquella experiencia se encuentra en el aire del ambiente, el cual ha conformado la experiencia propia, por ello es posible recordarla y así, según Mead, sentir cierto alivio.

Por otra parte, si reducimos a la soledad exclusivamente como palabra que forma parte del lenguaje, que a su vez es un símbolo con significado, entonces la soledad es un símbolo, pero con significado individual y parcial, puesto que las emociones que con ella se despiertan, no se han configurado del todo como ideas o palabras con significado colectivo, de manera que un mundo de emociones y experiencias por ser innombrables, son reducidas a una palabra que funge como puerta de entrada y salida al mundo vivencial simbólico. Dicha palabra es 'soledad'.

Asimismo, si consideramos a la soledad parte del lenguaje que se encuentra en el todo colectivo y que cada quien desde su particular punto de vista lo incorpora, cuando uno se siente solo podemos decir que se han adoptado actitudes de soledad de los otros que están en el todo; pero

tales actitudes de soledad son matizadas por la experiencia y punto de vista personal.

De esta manera, considero que la soledad es un símbolo colectivo matizado por la experiencia personal, de manera que cuando uno quiere reflexionar, ser talentoso, saber qué quiere, etcétera, toma aquel símbolo y se aísla, porque ya se sabe -a partir de la experiencia-, que sólo aislados podrían lograrse aquellos objetivos. Al mismo tiempo, cuando uno se entristece, cuando nada sale bien, cuando nada puede hacerse, cuando fuimos abandonados, etcétera, uno toma al mismo símbolo pero ahora es maquillado por la vivencia de experiencias pasadas.

2.2. LA SOLEDAD DESDE LO SOCIAL.

El ámbito social es tan amplio que se le cita para señalar diversas entidades como la ciencia social, los problemas sociales, la organización social, páginas sociales de algunos periódicos, el servicio social. Para delimitar un poco dicho ámbito, aquí consideramos lo social como el producto de la interacción de por lo menos dos.

Al decir por lo menos dos, nos referimos a las entidades conocidas como sujeto y objeto, de manera que lo social puede manifestarse en muchas personas interactuantes o en una sola, que interactúa consigo misma, en virtud de que la persona además de ser social, puede ser sujeto y objeto al mismo tiempo. Sin el intento de entrar en la polémica individuo-sociedad, digamos que hablar de uno o de varios es hablar de lo mismo en momentos diferentes.

Con esta salvedad, es posible ver a la soledad como símbolo colectivo matizado por la experiencia personal o social.

Ahora bien, al echar una mirada a la época moderna, observamos la creación y recreación colectiva de una soledad con un feo gesto que conduce en no pocas ocasiones a ciertas tragedias, fatalidades y pérdida del sentido de lo existencial. Ya lo decía Fromm: "la soledad es una característica de la sociedad moderna" (Fromm 1958; citado en Vargas, 1965, p.8).

Otra característica de esta época es que estamos en una sociedad de masas que "no ha podido vencer a uno de los

enemigos del hombre ciudadano: la soledad" (Caréaga, 1985, p.349).

Por supuesto que el significado de lo masivo en el párrafo anterior es lo tumultuario, el hacinamiento y el aglutinamiento obligado como el de Balderas a las 8:00 a.m., no los encuentros masivos lúdicos donde se vivencian intensos procesos de afectividad colectiva (Cfr. Fernández (a), 1991).

Antecedentes de soledad masiva sobran. Uno por ejemplo fue el suceso de Waco que aquí interesa por la opinión de un editorialista que le dedicó media plana, en la que, entre otras cosas decía: "cabe recordar que uno de los aglutinantes ideológicos principales de la unión americana es un extremo liberalismo individualista, cuya expresión, en el terreno económico, es y ha sido el culto a la libre iniciativa, el libre mercado y la competencia sin cortapisas.

'Es un hecho aceptado el que la sacralización de la libertad individual ha conducido a los propios individuos a la vivencia de una soledad profunda característica de la modernidad capitalista.

'Estas situaciones (...) tienen por norma el rendir culto incondicional a individuos 'iluminados' que a su manera ofrecen alivio para la soledad y el vacío personales generados por la combinación de aislamiento afectivo y altos niveles de consumo material" (La Jornada, 1993, p.2).

Hasta eso y más han llegado los que viven después del norte de nuestro país, al igual que otras naciones como Alemania o Japón a quienes la guerra les dejó su premio: un

grandioso vacío que los engulle, y al que intentan llenar con objetos altamente mecanizados y automatizados, que devuelven casi lo que uno quiera, menos emociones, y que además los retan a ser 'mejores', con alta exigencia, excelencia y eficiencia, por lo que ya no tienen tiempo para sí mismo, ya olvidaron la otra soledad.

Sin embargo, no se pretende llegar a vagas comparaciones de en dónde hay más o menos soledad, esto no conduce a nada; como tampoco conduce a mucho abordar las causas que originan la soledad abrumadora, -capitalismo rapaz, individualismo, alta competitividad...-, ya que ver las cosas de esta manera, nos lleva a un modelo causal y por consecuencia, a separar ficticiamente la realidad, ya que la causa y el efecto se presentan al mismo tiempo, influyéndose mutuamente, porque el efecto a su vez, es causa de otra cosa y así sucesivamente. Conformémonos por el momento con que la soledad es un símbolo que se está presentando en las relaciones humanas, o -como diría alguna compañera-, en las 'razones humanas'.

Es paradójico pues, que en lo social exista soledad cuando lo social de principio presupone compañía; empero, lo fundamental radica en la cualidad de la compañía, porque a la soledad "podemos olvidarla entregados al roce de la gente. Conseguimos en variadas ocasiones, velarla abandonándonos a los placeres y disfrutar de la vida.

'Inclusive las ideologías, la pertenencia a determinado partido político, a alguna congregación religiosa, el ser miembro de un club, en fin, toda inmersión en el grupo de

manera de huida y no solidariamente son medios de combatir la situación (...) de estar en soledad" (Vargas, 1965, p.179).

El intento de velar la soledad también sucede en múltiples relaciones amorosas y amistosas, donde por todos los medios posibles a veces uno se empeña afanosamente en mantenerlas por viscosas que estas sean, con tal de evitar sentir el escozor de la soledad.

Esto, entre otras cosas, deriva en 'cuasienamoramientos' como aquellos que se fundamentan solamente en el color, tamaño, forma, estilo, de ojos, boca, cara, cabello, piernas, nalgas o busto, con cada parte aislada de las otras; de aquí la ironía de las raciones humanas.

Es cierto que en el enamoramiento -no en el 'cuasi'-, en ocasiones se tiene alguna parte preferida, pero no depende de una preferencia la relación completa; en otras palabras, la lógica para las relaciones debiera ser inversa a la de la estadística por ejemplo, es decir, no se vale generalizar el cuerpo por la significancia de unas piernas.

Claro es que en este tipo de relaciones no sólo el cuerpo y sus gestos juegan, también participan de algún modo otros accesorios como por ejemplo los buenos modales, y otras tantas fragmentaciones por los que surgen los enamoramientos en pedacitos.

Cuando las relaciones están así, y se persiste en conservarlas para no caer en soledad, surge el terreno fértil para la tediosa rutina, y "si la compañía se vuelve cotidiana constituyéndose en el único estado vital experimentado, el

ser humano sufre las consecuencias al ser dañado en lo más íntimo" (Vargas, 1965, p.7). De modo un tanto más ameno podría decirse que: "las caricias que mojan la piel/ y la sangre amotinan/ se marchitan cuando las toca/ la sucia rutina". 28.

En efecto, la rutina que se manifiesta en la mecanización o ritualización de las relaciones amorosas, amistosas, con uno mismo, etcétera, surge como una manera de permanecer y mantener ciertos estados, como si la rutina fuera el único sostén a la vida y a los otros.

Dicho sea de paso, las rutinas laborales tienen particularidades que las distinguen de las otras, porque las que en estos espacios suceden, son debidas a planificaciones premeditadas.

Así, con la rutina se sorprende a la sorpresa y a la magia de la convivencia con el otro, se extingue la frescura del atrevimiento y de la búsqueda, se achatan las emociones, se desgasta uno de día para ni siquiera disfrutar de la noche, se convierten pecados las travesuras con las que se 'pierde el tiempo', se acaba el 'más de dos' de Benedetti; y entonces, lo viscoso y aplanado de la convivencia salta para cobrar fuerza e imponer lo trivial sin contenido, la decencia obligada junto con la cita en el lugar de siempre.

De esta manera, el intento de escapar de la soledad a través de la rutina, se convierte en un intento poco afortunado, pues conduce a la soledad de dos.

28 Sabina, J. Mentiras piadosas.

Hay otros intentos de escape de la rutina y de la soledad también poco afortunados, como es la saturación de tugurios y el respectivo despilfarro quincenal, la adquisición de artículos de 'décima necesidad', el abandono a falsas e irreales expectativas, el aglutinamiento de centros comerciales; todo con el objeto de llenar el vacío y aliviar la resaca de la rutina semanal, pero se está tanto en el tedio, que dos días no son suficientes para el descanso, porque en estos dos días se tiende a hacer lo que se tiene que hacer, no lo que a uno verdaderamente le gustaría hacer.

Se busca la diversión externa como el cine, el estadio, la televisión, y cosas como esas, no la diversión que emana del descubrirse uno mismo y el permanente descubrimiento del otro. En dos días no se sabe y a veces ni se puede, estar solo.

Luego, como un círculo vicioso, llega -si es que llega-, el momento de la pausa, en el que se cae en cuenta de que ese éxtasis tan efímero y a veces tan banal no fue la salida adecuada y se llega nuevamente al punto de partida, del que en breve se intentará escapar de nuevo.

Ante tal estado de cosas, la rutina es la manifestación de una soledad activa y en movimiento.

Pero no todo es tan gris ni tan sombrío, porque se puede hacer lo mismo que arriba narramos sin traer a cuestras esa nefasta soledad.

Uno puede relacionarse, divertirse, ir al cine, ver televisión, beber en cantinas, fiestas etcétera; incluso

pueden mantenerse relaciones que quizá en poco tiempo se den por concluidas o fracasen por sí y estar solos, mas no abatidos; con soledad más o menos amable.

Estar sin ese dolor agudo y sin abatimiento, es el resultado de la comunicación que se da 'desde adentro', sin prejuicios, la que no oculta -eso que se escucha muy bonito- la esencia; es el resultado también de haber hablado de los miedos, dolores, temores, ideales y fantasías propias, porque hablando así, se llenan -con lo que deben llenarse- y reconfortan vacíos que pueden ser reconocidos como compartidos, se diluyen los engaños y autoengaños, surgiendo la posibilidad de salir de lo abrumante, ya que las confidencias son la única cura para la soledad, y éstas sólo florecen hablando de este modo.

Con esta forma de relacionarse, los fracasos amistosos o amorosos, pueden ser más leves porque uno tiene la posibilidad de reconocerse a sí mismo a través del otro, en sí mismo. A partir de este autoreconocimiento puede tomarse, con toda frescura, la decisión de acompañar o no, al otro; dejarse o no, acompañar por el otro.

Padecer por la soledad y pretender curarse mediante el otro sin expresarlo, conduce nuevamente a lo tedioso y superfluo, aunado al daño que se le propina a quien se relaciona con uno, sobre todo cuando aquel sí comunica. Esto es así por lo desigual y vertical de la compañía. Pero lo peor en tales circunstancias, es que ni el alivio aparece; es

como si se escupiera hacia arriba, porque al no dejarse tocar ni conmover se sigue en soledad, sin confidente.

Es evidente que no quedan aquí agotadas las posibles formas de relacionarse unos con otros por la complejidad y naturaleza propia de las relaciones, y por la diversidad de estilos que desde el ámbito social se asumen. Tampoco quedan agotados otros tantos elementos de lo social, que en última instancia se producen por las relaciones de la gente, sin embargo, en este mismo espacio se matiza al símbolo de la soledad.

En este sentido, cuando uno se entrega y relaciona en raciones o en pedacitos, surge el divagar, el buscar sin encontrar a alguien que dé seguridad, que sea un confidente; produciéndose con ésto el matiz cruel de la soledad. Mas en las relaciones completas, con vínculos y entrega 'desde adentro', la soledad tiene un matiz más grato desde que puede ser elegida, no impuesta; desde que se está en contacto en sí mismo; desde que se sabe ser confidente de sí y del otro.

2.3. LA SOLEDAD FISICA DEL INDIVIDUO.

En un apartado del capítulo anterior (págs.20-2) se hizo una somera distinción entre individuo y persona. En tal distinción quedó señalado que el individuo contiene a su persona y que de ésta también salta su individuo; que al pensar en el individuo, se piensa en el cuerpo, en lo biológico, y cuando esto se altera, interviene su persona; como si fueran entidades autónomas.

El individuo y la persona también se distinguen de manera separada cuando se cree en algo más allá de esta vida, en la reencarnación y en cosas como esas, ya que al mismo tiempo se piensa que la persona continuará su evolución pero en otro cuerpo; en otro individuo.

De esta manera, cotidianamente algunas veces se habla sólo del cuerpo y otras de la persona, pero siempre se habla de lo mismo enfatizando un momento.

En este sentido, aquí haremos referencia a un momento del ser humano: al individuo, a lo singular; cuestión que empieza con la llegada al mundo, al independizarse de la madre. Estos momentos también son identificados como el inicio de la individuación, concepto que por cierto, es muy parecido a individuo, individual, unicidad, único, uno..., singular.

Con el surgimiento de la individualidad o singularidad empieza la soledad física, en el sentido de que el individuo singular no comparte con ningún otro su lugar físico en el espacio, por ello esta soledad es la eterna compañera del

individuo, desde que nace hasta que muere; de hecho, "el aspecto del proceso de individuación consiste en el aumento de soledad (...), cuando uno se ha transformado en individuo está solo y debe enfrentar el mundo con todas sus subyugantes y peligrosos aspectos" (Fromm, 1958; en Vargas, 1965, p.8).

Sin embargo, esta soledad no tiene caras, no es ni 'buena' ni 'mala' porque es soledad física que no es pensada por manifestarse en el individuo sin provocarle nada a su persona, ya que si algo le provocara, ella intervendría involucrando a la experiencia y la soledad sería entonces matizada.

Así, el individuo desde su unicidad siempre está físicamente solo, sin que esta situación signifique necesariamente la experiencia de abrumante soledad, puesto que desde el lenguaje en estas circunstancias, uno se tiene a sí mismo como compañero, como si viviera de la piel para adentro.

Pero aunque el individuo viva hacia adentro también se relaciona con otros individuos muchas veces sin hacer uso del lenguaje verbal; uno no se pone a platicar con el primer hijo de vecino que se nos cruce en el camino ni con cualquiera que se sitúe a nuestro lado en cualquier espacio público.

Cuántas veces no se llega físicamente solo a algún sitio y se sale igual, sin haber tenido ningún intercambio de experiencias con alguna otra persona; estando solamente con el regocijo del Mí sin ninguna reacción del Yo.

En estos mismos espacios públicos uno puede hacer todo lo que acostumbra -caminar, comprar, usar transportes, etcétera-, sin cruzar ninguna palabra con nadie, -en soledad física-, sin que signifique una rareza para los otros pues existe el aval colectivo de que estas actividades pueden realizarse así.

Lo que muy probablemente si resultaría raro es hacer justo lo contrario, es decir, desbordarse en una charla con cualquier desconocido, porque esto no está avalado; uno no puede, con el primero que pase tomarlo como confidente, preguntarle o comentarle algo más allá de lo trivial.

En los momentos en que el individuo está físicamente solo, es muy fácil que se perturbe su Mí provocándose una reacción del Yo, pues casi nunca falta el que pregunta por alguna calle, el quejoso del tráfico y del clima que pretende nuestra alianza con su queja, el nómada vendedor, el compañero de ascensor, o el ansioso platicador, y entonces, uno sale de sí y responde a lo comentado.

Si bien uno mismo puede ser quien perturbe la soledad física de otro, no importa; lo que importa es que cuando se interacciona con el lenguaje, del individuo salta una proporción de persona para la situación en cuestión, misma que regresará casi de inmediato -pues difícilmente las charlas en estas ocasiones trascienden lo común-, de manera que el individuo estará nuevamente en soledad física.

En la experiencia colectiva el individuo sabe perfectamente que, con ciertos individuos la comunicación

debe darse en fragmentos o raciones, con escasa proporción de persona participante, pues la extrañeza entre individuos no permite las confidencias, y por la extrañeza en sí, no necesariamente tiene que darse una comunicación 'desde adentro'.

Ahora bien, en la misma experiencia colectiva el individuo sabe con quien sí puede darse una comunicación completa -no en raciones-, situación debida a que "el individuo ha trascendido a él a partir de que por medio de la comunicación, descubre que su experiencia y experiencias de los otros se agrupan bajo el mismo universal" (Morris, 1972, p.41).

A este universal también se le conoce como 'estar en la misma onda' o en 'la misma frecuencia' con el otro, por ello la comunicación se completa, y el otro a su vez, es trascendido.

Cuando las trascendencias individuales suceden por el intercambio de experiencias, se elimina la soledad física del individuo, además de que al mismo tiempo la persona empieza a 'invadir' la comunicación, por lo que la persona a diferencia del individuo, vive más de la piel para afuera, echando mano de su entidad pública.

Así, con la intrusión de la persona en las relaciones de su individuo, se diluye su soledad física que mientras no la piense, no tiene que ver con ella, aunque tenga la peculiaridad de poder pensar en una soledad no solamente física sino en una soledad digamos psicológica o matizada.

2.3.1. LA SOLEDAD PSICOLOGICA DE LA PERSONA.

Con este punto entramos en el otro momento del ser humano: en la persona; aquella parte que conversa con los 'adentros' y vive de la piel para afuera; la que da la cara.

A esta parte también nos proponemos llevarla a la soledad y viceversa, pero a una soledad con matices y pensada, a una soledad psicológica, no como la del individuo donde la persona no interviene mientras no la converse.

Ya en el momento de la persona, la soledad es platicada, consigo mismo o con los otros, y cuando se habla de ella matizándola al mismo tiempo, se imbrincan emociones, afectos, estados de ánimo, comportamientos, vivencias, pérdidas de objetos físicos o de gente con significado emotivo para uno, acompañadas de representaciones internas en la experiencia, y a veces hasta pérdida de sentidos y de las ideas; por ello esta soledad es psicológica.

Este conjunto de abstracciones psicológicas junto con otras, es lo que nos permite tomar conocimiento de nuestra situación en cualquier sitio, hasta de nuestra situación psicológica, y en esta toma de conocimiento se incluye el conocimiento de la soledad, que será matizada de múltiples formas, aun con la dualidad de ser algunas veces amable y otras no tanto.

Así, hay ocasiones en que "el hecho más significativo es la angustia que acompaña en un momento dado toda soledad" (Vargas, 1965, p.28)., "y en otros términos, la soledad en el hombre maduro es un estado de infinita paz y no una amenaza a

su integridad personal" (Ibid, p.28). Sin embargo "la forma en que la (soledad) sería experimentada depende de las experiencias anteriores que puedan haber ocurrido a los distintos individuos. Para una persona (la soledad puede ser) distinta que para otra; y, no obstante, la (soledad) existe como una entidad en sí" (Mead, 1927, p.75).

Aunque se hable de la soledad como una sola entidad, la dualidad colectiva de aquel símbolo permanece, y generalmente la persona incorpora una parte en la experiencia, en la que puede persistir la dualidad.

Resulta necesario precisar el párrafo anterior, y para ello he de aclarar 'eso' de experiencia personal. No se pretende -como no se ha pretendido- dar una definición operativa, sólo se pretende entenderla como el significado que la persona le otorga a las imágenes de su historia.

Sobra decir que en la formación de una imagen están comprometidos todos los procesos psíquicos y por su puesto, su más o menos buen funcionamiento, ya que en una imagen caben una infinidad de elementos fusionados como lo psicológico descrito además de sonidos, palabras, sensaciones, gente, calles, olores, sabores, temperaturas, lugares, etcétera, hasta monumentos del tamaño del mundo que sólo en imagen y por ende en la experiencia pueden ser comprendidos, no en la cabeza, donde sería difícil meter una mesa para comprenderla, ya que en ese lugar sólo hay conexiones, sustancias y estructuras llamadas cerebrales, donde "las pautas que uno encuentra (...) son pautas de

acción, no de contemplación, no de apreciación en cuanto tal, sino pautas de acción" (Mead, 1927, p.71).

Las imágenes que forman la experiencia desde la historia personal son infinitas, están dadas desde el Otro generalizado, son recreadas por el Mí y expresadas para los otros por el Yo.

Por otra parte, en ciertas explicaciones de un tipo de psicología clínica, la dualidad de la soledad permanece:

"El hombre, visto ahora en su mundo de objetos, puede ser abordado en forma sumamente sutil. El mero empleo del término objeto en vez de gente, la riqueza de ese vocablo, en comparación con la riqueza, digo de ese término, su capacidad para prestarse a ser ampliamente aplicado, no necesitan mayor apología. Incluye el entendimiento de que para una persona estar a solas es totalmente compatible con la perfecta salud. La soledad e incluso el apartamiento deliberado no se oponen al amor objetal. En rigor de verdad, (...), la gente que se desprende de objetos indiscriminadamente, que puede perder a una persona aparentemente amada y de inmediato volverse a otra que reemplaza a la primera, o pierde un animal predilecto y compra otro al día siguiente, con frecuencia refleja la escasa profundidad de su relación con objetos. Sabemos que las personas que en edad temprana han sufrido traumas en sus relaciones objetales tienden a responder a ese tipo particular. Tal como perros perdidos se apegan rápidamente a quien quiera que se presente, sin discriminar entre una u otra persona y sin continuidad real alguna. No

soportan estar solas, y como no son capaces de estar solas no son capaces de apegarse verdaderamente a otras. La pérdida de otros, cuando está realmente apegado a ellos, cuando uno es realmente capaz de ese apego, es acompañada por el gran signo o prueba de amor objetal: la capacidad para sufrir por la pérdida de un objeto, la capacidad para estar de duelo o añorar un objeto ausente. El individuo que pasa con rapidez de un apego a otro necesita tener por cierto un objeto presente, pero se trata de pseudoobjetos" (Kohut, 1990, p.21-22).

Y continua: "Una persona puede, por ejemplo, estar sola, y esa soledad no significar una regresión narcisista, ni un retraimiento narcisista o, ni siquiera, sin juicio de valor, un narcisismo. Puede significar, simplemente, el anhelo que se siente por alguien a quien se ama mucho. Por ejemplo, la persona que es privada de alguien a quien ama, o de todo un grupo de personas a quienes ama (...), esa persona puede, situada en un nuevo entorno, permanecer sola durante largo tiempo.

'Sin embargo, un segundo tipo de persona, instalada en un nuevo entorno efectuará con la mayor facilidad la transición al nuevo conjunto de objetos. Planteado su caso en estos términos puramente teóricos, lo más probable es que esta segunda persona tenga relaciones mucho menos profundas y mucho más narcisistas que las relaciones que mantiene la persona descripta antes. La persona incapaz de adherirse a una diversidad de objetos totalmente nuevos permanece

conectada internamente con los antiguos. Está sola, pero no es narcisista. La otra se encuentra rodeada por muchas personas, pero éstas no significan nada para ella salvo en términos de su sí-mismo, o como un alivio de la soledad, como confirmando su presencia. El punto fundamental es el siguiente: la mera presencia o ausencia de relaciones con otras personas no revela nada acerca de la índole de esas relaciones" (Ibid, p.48-49).

Esta larga cita, además de ilustrar la dualidad de la que hemos venido hablando, nos ofrece otros puntos de interés.

Se habla de un punto fundamental en el que la ausencia o presencia de relaciones con otras personas no revela nada acerca de la índole de esas relaciones. En efecto, uno puede estar físicamente solo y no sentirse solo; estar acompañado y no sentirse solo; o sí sentirse solo en ambas condiciones.

Sin embargo este punto fundamental -que de algún modo lo es-, nos remite a otro aun más fundamental; a saber, el de la significación que la persona da a su experiencia o a sus imágenes.

Lo que queremos decir con esto es lo siguiente: uno puede recordar una experiencia temprana de abandono, quizá traumatizante -siguiendo el orden de la cita anterior-, acompañando ese recuerdo de imágenes y palabras. En el acto de ser abandonado en sí, está incluida una compleja serie de reacciones y actitudes de quienes fueron los abandonadores.

El recuerdo de dicho acto, por sí, provoca cierta reacción en uno mismo. Tal reacción puede ser de coraje, tristeza, etcétera. Si esta reacción es capaz de ser un estímulo para uno mismo, "entonces tenemos la conducta con significación" (Mead, 1927, p.112; las negritas son mías).

En el mismo acto, en caso de que la reacción no llegue a ser un estímulo para uno mismo, en el sentido de que no provoque una conducta consecuente, sino cualquier otra cosa, podrá hablarse de esa otra cosa como de una conducta inteligente pero sin significado.

Esto es, si se vivencia el abandono como soledad y se tiene la intención de buscar compañía de otros, y eso es lo que se lleva a cabo, hay significado. Pero si se tiene la misma intención y de pronto uno se encuentra apartado, por ejemplo leyendo una novela, la conducta puede ser inteligente pero sin significado. Así, "cuando hablamos de la significación de lo que hacemos, estamos convirtiendo en un estímulo para la acción a la reacción que estamos a punto de ejecutar" (Mead, 1927, p.111; las negritas son mías).

Sin embargo, ahondaré más en este asunto y en aquella cita. Se plantea que quienes en edad temprana sufrieron algún trauma en sus relaciones, posteriormente se pegarán como lapas a cualquiera, no de manera significativa, sino por no saber estar solas.

En esta dinámica la significación nuevamente cobra su fuerza puesto que, una persona así, tal vez tiene el ferviente deseo de encontrar un confidente, una compañía,

pero conductualmente hacer todo lo posible para correrla de su lado, estar sola otra vez, perpetuar ese tipo de experiencia, volver a buscar, luego deshechar y así sucesivamente; de modo que la dinámica es sin significado desde el momento en que la reacción -de búsqueda- que se quiere ejecutar, no se convierte en el estímulo adecuado para la acción adecuada.

Tales circunstancias carentes de significado son muy comunes en eso que han llamado ambivalencia: 'busco pero nunca encuentro', 'lo quiero pero no me entrego' etcétera.

Cuando la reacción de no querer por cierto tiempo involucrarse con nadie, estimula una acción pasiva en ese sentido, hay concordancia o significado entre la reacción y la acción, por tanto se permanecerá solo pero sin vivencias dolorosas.

Al mismo tiempo, la reacción podrá ser también de búsqueda de otro, echar a andar la acción correspondiente sin ambivalencias o con significado, y el resultado es que uno encuentra al indicado.

Podría replicarse -desde otro punto de vista-, que en esto dónde quedó el inconsciente; y bueno, pues la respuesta sería que el inconsciente está en ese mismo sitio, en lo que no se recuerda, o en lo que no se sabe de sí mismo. Podría replicarse también que existen circunstancias muy tempranas de algún modo determinantes de otras no tan tempranas, y bueno, la historia personal como toda historia siempre se hace en reversa, es decir, desde lo que constituye el

presente, se elucubran, explican o describen, sucesos de otros tiempos que no se recuerdan, de manera que con este acto recordatorio o explicativo, lo que determina el presente puede desvanecerse a partir de resignificar aquel suceso.

Continuando con aquella larga cita, ahí también está presente cierta noción por muchos compartida; tal noción es que se entra en soledad por la pérdida de objetos físicos - depositarios de vivencias y recuerdos personales, por tanto queridos, como fotos, cartitas, o la agenda-; y cuando se pierde a un amigo, a una pareja, o a quienes dan seguridad emocional.

Por supuesto que puede perderse gente u objetos desagradables, pero el asunto crucial está en lo que uno ahora; en lo otro más vale solo.

Puede perderse algo físico muy querido y por ello provocarse cierta nostalgia, pero por la pérdida de este tipo de cosas el restablecimiento es más fácil que cuando se pierde una persona como las arriba descritas, o como las que de manera brusca son llamadas objetos de amor; quizá porque las cosas físicas sólo reciben y regresan apariencia, mientras que aquellas personas pueden ser significadas y viceversa.

Por ello, cuando se pierde una persona así, aparece "el miedo, la evasión, (y) la negación (a veces) acompañados con intentos de escape a la experiencia de permanecer en soledad" (Vargas, 1965, p.16).

Esta experiencia de soledad "ha sido hasta ahora una buena metáfora, según cierto tipo de psicólogos, para encubrir angustia, depresión, y otras cosas por el estilo" (Ibid, p.21).

Tal encubrimiento es muy frecuente en la literatura clínica: "a la pérdida de objeto se le suma la tristeza del aislamiento, y de esa forma están dadas las condiciones necesarias para la instalación de un cuadro depresivo típico" (Salvarezza, 1988, p.100).

En esa misma literatura, al estado que surge después de perder un 'objeto de amor' se le denomina 'estar de duelo' y aquí "al duelo no hay que tratarlo, hay que acompañarlo" (Salvarezza, 1988, p.69).

De esto, lo que nos interesa es la última frase, no como 'duelo' sino como soledad, porque efectivamente, a la soledad no se le 'trata', se le acompaña. Si se persistiera en el 'tratamiento' ya dijimos que la cura son las confidencias y el confidente.

Ahora bien, cuando se pierde a alguien querido, el resultado es que al mismo tiempo se acaba su presencia física que no es lo más importante para lo psicológico, sino que además no se concluye una vivencia, generándose vacíos por lo que faltaba vivirse; desaparece el significado recibido, cuando aun se le significa; se termina la respuesta del otro, cuando todavía se le habla; lo que da por resultado una comunicación interna incompleta, y una comunicación que no se completa, es soledad.

Pero la soledad de la comunicación incompleta o en fragmentos se agrava cuando esos fragmentos se desvanecen, y dado que la comunicación también se configura en ideas, éstas por consecuencia se van esfumando, de manera que ante la pérdida de alguien, la pérdida es triple: la del otro, la de la comunicación y la de las ideas. Y así, la incertidumbre empieza a carcomer y a generar el terreno de la permanente duda, y entonces uno pierde hasta la magia de la explicación.

Ya cuando no puede explicarse nada o casi nada, pues nada parece serio, importante o con significado, al tiempo de vivenciarse que no se es entendido, que se está solo e incapaz de despertar en otro la misma emoción que se vive.

Todas estas sensaciones, derivadas de la incompreensión porque nada parece serio, de la comunicación incompleta por la pérdida de alguien afectivamente importante, no es más que la ausencia de un confidente, porque el confidente es aquel que acompaña y comprende a partir de que, con su propia reacción, es capaz de significar la reacción propia y en consecuencia completar la comunicación, ya que su respuesta se convierte en el estímulo justo que se espera, por ello es también quien habla y entiende lo mismo.

Y estas cualidades desde la experiencia de sí, no las tiene cualquiera, sólo el confidente, el que completa con significado la sensación -en este caso- de soledad que se transmite, por lo tanto la cura. De esta manera, la soledad psicológica de la persona es la ausencia de su confidente y permanencia de su comunicación incompleta.

2.4. LA SOLEDAD, EL YO, EL MI Y EL OTRO.

Retomemos ahora las entidades constitutivas de la persona para vislumbrar cómo interactúan cuando la persona matiza el símbolo colectivo de la soledad. Para ello resulta pertinente enfatizar algunas cuestiones previamente establecidas.

"La persona es (...) al mismo tiempo un Yo y un Mí" (Morris, 1972, p.38) donde el "Yo, (...) en esta relación entre el Yo y el Mí, es algo que, por decirlo así, reacciona a una situación social que se encuentra dentro de la experiencia del individuo. Es la respuesta que el individuo hace a la actitud que otros adoptan hacia él, cuando él adopta una actitud hacia ellos" (Mead, 1927, p.205), mientras que "las actitudes de otros, organizadas e incorporadas a la persona de uno -por específicas o generalizadas que puedan ser-, constituyen el Mí" (Morris, 1972, p.37).

Sin embargo, la persona completamente desarrollada en la colectividad no tiene suficiente con adoptar "las actitudes de los otros individuos humanos hacia él y de ellos entre sí dentro del proceso social humano, e incorporar ese proceso social como un todo a su experiencia individual (sino que) además, (...) tiene que adoptar sus actitudes hacia las distintas fases o aspectos de la actividad social común o serie de empresas sociales en las que como miembros de una sociedad organizada o grupo social, están todos ocupados; y entonces, generalizando esas actitudes individuales (...),

tiene que actuar con relación a diferentes empresas sociales que en cualquier momento dado dicha sociedad ejecuta" (Mead, 1927, p.184-185).

En este proceso social organizado -al que uno reacciona- está el Otro, y debido a que "el Mí representa una organización definida de la comunidad presente en nuestras propias actitudes provocando una reacción" (Mead, 1927, p.205) -reacción que se lleva a cabo a través del Yo-, el Otro está implícito en el Yo y el Mí.

La organización del proceso social no son más que reglas del propio proceso para que éste funcione, y en ese proceso están incluidas las comunidades, grupos, familias, etcétera.

Aquellas reglas son el producto de la interacción de las personas, y éstas, después de producirlas, las incorporan a su experiencia desde su particular punto de vista, por ello es posible la diversidad individual, desde donde uno puede ser conciente de sí, más o menos de su forma de ser, de tener ciertas preferencias ideológicas y morales, de tener buenas o malas costumbres, gustos musicales, artísticos, religiosos, sexuales, etcétera, siempre a la luz del Otro que juzga, pues "la actitud del Otro generalizado es la actitud de toda la comunidad" (Mead, 1927, p.184).

En este sentido, la comunidad o grupo social tiene diversas organizaciones, por ejemplo qué hacer ante un siniestro. Dicha organización uno la ha incorporado -por el simple hecho de pertenecer a esa comunidad- en el Mí, y en caso de que el siniestro ocurriese, dada la incorporación de

esa organización, uno reaccionará de algún modo, a través del Yo, para esa situación particular.

"Asimismo en la medida en que (uno) adopta la actitud del Otro y permite que esa actitud del Otro determine lo que hará con referencia a un objetivo común, en esa medida (uno) se convierte en un miembro orgánico de la sociedad. Se incorpora la moral de esa sociedad y se convierte en un miembro esencial de ella. (Se) pertenece a ella en el grado en que (se) permite que la actitud del Otro, que (se) adopta, domine (la) propia expresión inmediata" (Mead, 1927, pp.188-189).

Ahora bien, previamente habíamos planteado (p.67) que la soledad es un símbolo colectivo intersubjetivamente consensado por la colectividad.

Recordemos una cita del capítulo anterior: "Un símbolo es algo, cualquier cosa, que puede ser puesta en medio de todos y que todos pueden reconocer y usar; así (...) los símbolos son colectivos o no son símbolos, y asimismo, todo símbolo es símbolo de algo, de modo que los símbolos tienen significado o no son símbolos; y puesto que todo símbolo es colectivo y tiene significado, su significado sólo es colectivo o no es significado" (Fernández (b), 1991, pp.15).

Así, la soledad como símbolo está en el Otro, y dado que uno incorpora de manera personal al Otro, uno incorpora el símbolo de la soledad de igual manera. Asimismo la soledad está en medio de todos, y en medio de todos hay aire, de modo que la soledad también está en el aire:

"Soledad
en el aire y en el pensamiento
Cómplice de mí ser

Te sigo y me sigues,
inseparables amigas del destino".²⁹.

y desde ahí todos podemos reconocerla, respirarla, y usarla de manera personal.

Cuando una persona expresa que está o que se siente sola, lo que hace es una réplica verbal de la experiencia, es decir, platica las imágenes del Mí. Con esta reacción "la soledad toma cuerpo de palabras y sonidos en el habla" (Vargas, 1965, p.23); pero el Yo puede reaccionar de múltiples formas, por ello es posible ver "soledades dibujadas, porque, en esa forma pueden ser comunicadas (y) otras gesticuladas, que también son comunicables" (Vargas, 1965, p.23).

La única 'desventaja' de comunicar la soledad con gestos es que, quien así la expresa no es conciente de lo que transmite, y sólo podría entenderla el que la observa en el otro, siendo por lo tanto, un entendimiento no compartido, sólo de uno.

Por ello una mejor manera de expresar la soledad es a través del lenguaje verbal, porque "una persona que dice algo se está diciendo a sí misma lo que dice a los demás, de lo contrario no sabe de que está hablando" (Mead, 1927, p.178), como sucede con los gestos.

29 Nadira, A. (1990). Poesía inédita.

En este sentido, al verbalizar la soledad para otros, al mismo tiempo uno se la platica, dando lugar a la posibilidad de tener conciencia propia de lo que sucede al interior del Mí, y lo que ahí sucede, es lo que sucede en las imágenes personales que se tengan de la soledad.

Por otra parte, la soledad, la imaginación, el dolor, el placer, el afecto, etcétera, son palabras abstractas que generan imágenes abstractas y "corrientemente cuando hablamos de cosas (abstractas), nos referimos a las cosas físicas" (Mead, 1927, p.211), de aquí que la soledad sea relatada por el Yo con referentes físicos como caer en un abismo, estar en un desierto, recibir golpes en el alma, tener algo vacío.

Claro es que al comunicar la soledad de esta manera, digamos física, se formarán imágenes físicas en el Mí a partir de las palabras expresadas por el Yo, pero estas imágenes sólo se superponen a las abstractas, que por tener esa cualidad, prácticamente son inimaginables, por ende incomunicables, pertenecientes únicamente a la persona como experiencia subjetiva a la que sólo ella tiene acceso.

La persona desde el Mí, puede tener un desplazamiento hacia adelante y formar un contexto dentro del cual se imagina más o menos qué dirá, cómo actuará, en qué lugar, cuando vaya a expresar su soledad, pero como ya sabemos, la reacción del Yo es impredecible e incalculable, por lo que quizá no reaccione igual que como lo imaginó el Mí; sin embargo, si la reacción del Yo tiene lugar dentro de ese

contexto preformado por el Mí, entonces el yo significa la experiencia del Mí.

En otras palabras, la persona pudo haber imaginado platicar con su confidente por ejemplo, en el café 'X' y no lo hace ahí sino en el café 'Y'; la diferencia específica no importa pues no se altera el contexto, ya que lo que interesaba era tomar algo y platicar sentados acompañados de cierta atmósfera. Asimismo se pudo haber imaginado que lloraria cuando hablara de su angustia, miedo, o soledad, y al momento de platicar ya no llora, pero la expresión de su voz es de tristeza, entonces la emoción será la misma expresada de distinta forma.

Lo que se quiere decir con esto, es que la particular reacción del Yo puede no ser específicamente la misma que haya imaginado el Mí, pero dará significado a la experiencia si la reacción corresponde al contexto imaginado, es decir, uno puede tener el deseo de escribir y pensar en un bolígrafo para hacerlo, pero se podría utilizar una tiza de carbón o cualquier cosa que pinte ante la ausencia del bolígrafo si lo que importa es escribir.

Desde aquel contexto organizado del Mí, la persona también pudo haber imaginado reacciones de tristeza, llanto, acongojamiento, inclusive frases como que la vida ha sido muy negra y cosas por el estilo, pero cuando la reacción se lleva a cabo, es decir, cuando el Yo verbaliza tanto al otro como a sí mismo, se tiene la oportunidad de decir que tal vez nada es para tanto.

Esta oportunidad es producto de la afectación que hace la palabra del Yo en el Mí, puesto que si sólo contempláramos al Yo como vocero del Mí, restaríamos a la persona la capacidad que tiene de ser creativa, de recrear y resignificar su experiencia, de transformar sus ideas, de reflexionar, etcétera, ya que cada reacción del Yo influye alimentando y engrandeciendo al Mí; esto sin considerar que cualquier otra persona a su vez influya en uno con cada una de sus reacciones.

Ahora bien, cuando el Mí siente el abatimiento y dolor desgarrante de la soledad, matiza desde un contexto organizado la reacción del Yo "que involucra una adaptación, pero una adaptación que afecta no sólo a la persona sino también al medio social" (Mead, 1927. p.237).

De esta manera, cuando el Yo afecta al Mí se afecta al Otro, puesto que el Mí desde el Otro se ha incorporado y organizado; sin embargo para afectar y modificar al contexto del Mí, habrá de tomarse otras experiencias, quizá 'nuevas' para la persona, pero dado que esas nuevas experiencias ya tienen existencia en el Otro, el contexto modificado estará otra vez a la luz del Otro.

La resultante de esto es, que ante la experiencia de soledad uno forma un contexto que matiza las reacciones del Yo, pero éste, con cada reacción, puede cuestionar y modificar al contexto, produciéndose en consecuencia otras reacciones, de manera que la soledad es entonces un símbolo colectivo dialécticamente matizado por la experiencia personal.

En otras palabras, con las sensaciones que la soledad genera, se despiertan reacciones matizadas por la idea que se tenga de ella; con estas reacciones, se afecta aquella idea pudiendo ser resignificada; la resignificación a su vez provoca nuevas reacciones que también la afectan; en consecuencia se producen otras reacciones y así sucesivamente.

Empero bien puede ser que las reacciones no cuestionen ni modifiquen al famoso contexto y por lo tanto persistir en las vivencias desgarrantes de soledad, sin confidente, sin comunicación completa, sin que parezcan serias las cosas, con incomprensión sentida a flor de piel, estableciendo relaciones para salir del paso, y participando en múltiples actividades para desgastar algo de tiempo; en suma: con tristeza en el Mí, reacción del Yo consecuente con ese sentimiento y el juicio del Otro de que efectivamente se está de ese modo.

Por otra parte, la soledad de la persona es similar a la de la colectividad. La similitud está dada desde que, al experienciarse colectivamente la soledad, al mismo tiempo se vivencian vacíos como el de poder político por ejemplo.

Sabemos que "lo propio del poder -y especialmente de un poder como el que funciona en nuestra sociedad- es ser represivo y reprimir con particular atención las energías inútiles, la intensidad de los placeres y las conductas irregulares" (Foucault, 1977, p.17). Sin embargo, esto sólo es la respuesta y producto del ejercicio del poder, porque éste

como entidad en sí, es una nebulosidad prácticamente inhaprensible para su estudio -al menos desde este marco-, pero no importa, importa que su respuesta genera soledad.

También sabemos que, cuando los encargados de administrar el poder procesan las demandas colectivas, éstas una vez procesadas distan mucho de la idea original y con su ejecución muy a su modo, suelen surgir los errores del poder que sólo el tiempo se encarga de sanar por devolverle la razón a la colectividad, pero otras ni siquiera él puede.

En páginas precedentes (74, 88-9), habíamos visto que cuando la persona adolece de un confidente, nada parece serio, y por consecuencia hay comunicación incompleta, se produce la vivencia de soledad. Lo mismo ocurre con la colectividad que tiene la memoria en su Mí, la cual también es recreada y resignificada, y cuando se descubre desde el Otro que las cosas no andan muy bien, reacciona con su Yo mediante marchas, mítines, plantones, huelgas, pintas, tomas de explanadas o de palacios legislativos, a veces hasta con destrozos.

Pues bien, estas reacciones colectivas no son más que una manera de intentar comunicarse con el poder quien en respuesta se presenta como casi siempre, es decir, contradictorio: anuncia por un lado y ejecuta por otro, muestra la cara y a la vez da la espalda, ofrece discursos a unos para que lo entiendan otros, etcétera.

Las anteriores reacciones del Yo colectivo, son reacciones a la sensación de soledad provocadas por el

desempleo por ejemplo, donde uno no completa una parte importante de la actividad humana, o por la incertidumbre de que en cualquier momento una familia puede quedar desamparada al ser echada a la calle por no poseer una vivienda, entre otras cosas por el estilo que son una expresión más del vacío político.

Es evidente que aquellas reacciones respondonas pueden ser múltiples y por diversas causas, pero en todo caso manifiestan un esfuerzo por completar la comunicación con el poder esperando una respuesta, aunque es claro que la mayoría de las veces la forma en que la colectividad plantea las cosas no le son gratas al poder y entonces no escucha, o si lo hace no responde, repitiéndose con ésto la comunicación incompleta y la sensación de soledad.

De esto se deriva que un antídoto contra la soledad es la reconciliación con el poder que está en el Otro, porque así, se completa la comunicación, se acaba el pleito y surge el entendimiento, se disipa la duda, se extingue el vacío causado por la incomprensión, se retoma la seriedad y es posible hablar y discutir de tu a tu con el Otro, de manera horizontal.

2.5. LA METAFORA DE LA SOLEDAD.

En el anterior capítulo se planteó un bosquejo general sobre la naturaleza de las metáforas, mismas que surgen de la inserción de una cosa en otra distinta, y que esta inserción es cultural y nos permite comprender y conocer al mundo.

Ahora veamos qué sucede con la soledad en estos términos, ya que "hemos visto que la metáfora impregna nuestro sistema conceptual normal. Hay tantos conceptos importantes para nosotros, que son abstractos o no están claramente delineados en nuestra experiencia (las emociones, ideas, el tiempo, etcétera), que es necesario que los capturemos por medio de otros conceptos que entendemos con mayor claridad (...). Esta necesidad conduce a la definición metafórica en nuestro sistema conceptual" (Lakoff, 1980, p.156).

La soledad es un concepto o un símbolo abstracto por excelencia que no permite una definición de diccionario, claro es que en ese libro aparece su definición, pero se reduce de tal manera que se deja fuera todo lo que esta palabra encierra, como las vivencias, recuerdos, dolores, angustias, etcétera, por eso si uno lee lo que la define, queda la sensación de no haber encontrado lo que se buscaba.

Es por ello que para comprenderla tendemos a explicarla y/o describirla mediante frases o palabras de otros contextos que sean capaces de dar cuenta de las emociones sentidas cuando, para bien o para mal, la soledad está en nosotros.

Se debe a las metáforas de la soledad que al comunicarla pueda completarse la comunicación, en virtud de que el otro capte el significado que se le da a lo que ella provoca.

Es evidente que la significación que uno hace de la soledad no tiene que ser exactamente la misma que se provocará en el otro para que éste entienda, ya que la palabra, que es específica no siempre provoca una imagen igual; aunque no por ello deja de comprenderse.

De esta manera se puede por ejemplo decir que la soledad aterra porque se siente como estar en el infierno, y el otro al escuchar 'infierno' puede no elaborar con precisión la misma imagen, pero dada la experiencia colectiva interiorizada del otro, conoce que el infierno es algo más o menos horrible aun sin haber estado en ese sitio.

Lo que queremos decir con esto es que las palabras que se usan para explicar la soledad son particulares y las imágenes que se generan universales, y que el otro comprende desde lo universal de su imagen, además de que aquellas palabras particulares de la soledad, en rigor son todas ellas de naturaleza metafórica. Incluso, cuando la soledad se describe se categoriza a través de metáforas como una entidad viva que se expresa en diversos lugares.

Así, una metáfora es: LA SOLEDAD ES UNA PERSONA.

En efecto, en diversas ocasiones la soledad es personificada de una manera viva, y se le atribuyen propiedades animadas como cuando expresamos metafóricamente:

La soledad me va a matar
No deja de perseguirme esta soledad
Se dejó abrazar por la soledad
Lo tocó la soledad

Otra metáfora es: LA SOLEDAD ES UN GESTO.

Como sabemos, las personas nunca dejan de expresar sus emociones, algunas veces se verbalizan y otras se actúan con partes del cuerpo, que es lo que aquí entendemos por expresión gestual. Al mismo tiempo, es un lugar común saber que cuando la emoción se expresa por medio de gestos, éstos son predominantemente faciales, por ello uno puede comprender metafóricamente la soledad del otro observando sus gestos y describirla con expresiones metafóricas como:

En sus ojos se le ve la soledad
Su cara mostraba la tristeza de su soledad
De sus palabras brotó su soledad
Le cambió el semblante al hablar de su soledad.

Una metáfora más es: LA SOLEDAD ES UN ESPACIO.

Hay circunstancias en las que se explica la experiencia de la soledad en términos de espacios que la limitan y contienen, o de los que se entra y se sale como si fueran lugares, o espacios que se pueden llenar o vaciar. De esta manera metafóricamente decimos:

Siento como estar en el infierno
Esto es como la soledumbre del desierto

*Estoy preso en la soledad
Se te vacío el alma con la soledad
Por fin salió de esa abrumante soledad.*

Ni con mucho quedan agotadas la infinidad de metáforas que explicitan la soledad; sin embargo, para intentar explicar cómo se metaforiza a la soledad, con éstas nos es más que suficiente.

CAPITULO III

LA CONSTRUCCION SOCIAL DE LA SOLEDAD.

*Soledad
en el aire y en el pensamiento
cómplice de mi ser.*

Nadira

El problema que ahora nos ocupa es el de la construcción social de la soledad, aunque en realidad este ha sido el problema de toda la tesis, pero para llegar a ello tuvimos que dar cuenta de que las personas -que son quienes hacen la soledad-, son colectivas.

La persona para ser colectiva, siguió un proceso en el que de principio tuvo que adoptar las actitudes de quienes le rodearon así como las actitudes de la comunidad. Una vez que incorporó dichas actitudes desde su particular punto de vista, tomó conciencia de sí y esto la condujo a ser objeto para sí.

En este proceso, la persona se constituyó a la luz del Otro que una vez incorporado dio lugar al Mí, "siendo el Mí ese grupo de actitudes organizadas a las cuales el individuo reacciona" (Mead, 1927, p.213) a través del Yo, tanto hacia sí mismo como hacia los otros.

Argumentamos que la soledad es un concepto indefinible desde un marco operacional, e inhaprensible por la diversidad de emociones y vivencias que provoca, haciendo parecer a la soledad como una entidad viva.

Asimismo, se planteó que la soledad contiene algunas dualidades que dificultan su conceptualización, pues dada su forma de manifestarse, parece que existen diferentes soledades; no obstante, al referirnos a la soledad hablamos de una sola entidad.

En un primer momento, decíamos que la soledad es un símbolo colectivo matizado por la experiencia personal, porque la soledad es una noción, concepto, vivencia, etcétera, que casi todo mundo entiende a que se refiere, por lo tanto símbolo colectivo. Este símbolo se instaure en el Otro, y desde ahí cada quien lo incorpora de manera personal, con ello sucede el matiz propio.

En un segundo momento, replanteamos la idea de soledad, donde fue vista como un símbolo dialécticamente matizado por la experiencia personal, porque a partir de las sensaciones que la soledad genera, se despiertan reacciones matizadas por la idea que se tenga de ella; con estas reacciones se afecta aquella idea pudiendo ser resignificada; la resignificación a su vez provoca nuevas reacciones que también le afectan, en consecuencia se producen nuevas reacciones, y así sucesivamente.

Ahora bien, tenemos a la entidad persona como producto colectivo y una idea de soledad como símbolo colectivo, sin embargo aun nos falta abordar otras cuestiones como por ejemplo la aparición de la soledad, pues hasta aquí le hemos dado existencia propia; la manera en que las personas construyeron la soledad, ya que no se ha justificado este

argumento; cómo llegó a ser colectiva y con carácter simbólico; y la forma en que las personas pueden identificar ciertas sensaciones como soledad, es decir, a partir de qué pueden significarse una serie de reacciones personales como soledad.

3.1 LA APARICION DE LA SOLEDAD.

Dar cuenta de la aparición de la soledad es como hacer su historia, y cuando se hace historia generalmente se recurre a la memoria o sitios donde se guardan testimonios de lo sucedido; se trabaja con cosas pasadas aunque la historia siempre se hace en presente.

Carecemos de referencias que nos remitan a la época o fecha en que la soledad se acuñó como palabra, y aunque se conociera la fecha específica de la aparición de la soledad como concepto, el dato tendría un valor meramente anecdótico, ya que a la aparición de las palabras le anteceden sensaciones, vivencias, emociones; sin embargo, se cuenta que un marino escocés permaneció solo en una isla en 1756; que un parisino del medievo estuvo en una terrible soledumbre en un calabozo hasta 1461, año en que fue perdonado por Luis XI; y que en algunos monasterios antiquísimos, existen documentos de los siglos IV, VI, X, XI, XII, de monjes que relatan sus soledades, haciendo uso de esta palabra (Cfr. Miquel, 1988).

Con lo anterior podemos observar que de la soledad se escribe desde hace muchos años, razón por la cual no necesariamente es un mal de nuestro tiempo, ni un producto de la época moderna, ni un estilo de vida contemporáneo; esto sólo sería un afán protágónico.

Empero, decía que a las palabras le anteceden sensaciones, vivencias, y esto, visto en un sentido causal, nos conduciría a especular la aparición las sensaciones,

vivencias, etcétera, y cuando más o menos se estuviera de acuerdo en su origen, se cuestionaría el origen de aquel origen y así sucesivamente, cuando para entonces la soledad estaría ya en otro sitio, y uno encerrado en el misterio del origen de las cosas con especulaciones bizantinas.

Un ejemplo de esto es la siguiente frase: "la soledad no es consecuencia sino origen de la totalidad de la soledumbre humana" (Vargas, 1965, p.10). Podríamos escribir la misma frases de otro modo: 'la soledumbre humana no es consecuencia sino origen de la soledad'.

Aun invirtiendo la frase de esta o cualquier otra forma, no se aporta mucho en virtud de no eliminar una viciosa circularidad y de no romperse con el misterio de lo que es primero.

Sin embargo, ahondemos en la situación donde afirmamos que a la configuración de una palabra le anteceden sensaciones, vivencias, emociones, gestos.

Se ha planteado que existen experiencias subjetivas a las que sólo la persona que las siente tiene acceso, sin poder compartirlas. Ello se debe a que dichas experiencias están a un nivel tan sensitivo que a veces ni la persona puede explicarselas a sí misma como se las explicaría a los otros.

Antes de que la anatomía alcanzara el desarrollo que ahora tiene, una persona podía decir que sentía de una forma extraña alguna región, digamos del abdomen, y desconcertar con esto a cualquier galeno; pero una vez que se localizaron

ciertas estructuras en esa región y se les nombró estómago, hígado, riñón, etcétera, y se consensó la función de estos órganos, fue posible conocer que cuando aquella persona señalaba cierta región abdominal, se trataba de tal o cual órgano y enfermedad.

Pues bien, lo que sucedía es que sólo quien sentía 'eso' extraño tenía acceso a ello, porque los otros tampoco conocían lo que existía en aquella región corporal.

Fue hasta que se configuraron aquellas sensaciones primero como 'dolor', y hasta que se localizaron los órganos responsables del 'dolor', cuando se pudo tener un significado común de esa experiencia, y el experto establecer un diagnóstico.

Lo que queremos señalar es que a la idea de dolor o significación del mismo en términos lingüísticos, le antecedió una compleja serie de experiencias subjetivas sin significado colectivo.

Con la soledad sucede lo mismo que con el dolor en el sentido de que previo a la configuración del concepto 'soledad', estuvieron presentes experiencias subjetivas, sensaciones, etcétera. Dichas experiencias previas son sumamente difusas, como difuso es el no poder explicar algo que se siente dentro de uno.

Por ejemplo, en un individuo con comunicación incompleta -que es más o menos lo mismo que la incomprensión-, "surgen reacciones en cadena de decepciones (...), entremezcladas con

angustias" (Dolto, 1965, p.17), además de sensaciones de malestar, ansiedad y así por el estilo.

Tales reacciones -que ahora bien podríamos llamar soledad-, solamente eran intuídas por quien las experimentaba, puesto que no existía alguna forma verbal de describir tales experiencias a cualquier otro y que éste las entendiera.

Aquella falta de entendimiento se debía a que no se hablaba de lo mismo, en otras palabras, porque no había significado compartido.

Si aquí hacemos una pausa, tenemos un acto social con individuos interactuantes, donde alguien trataba de ser comprendido por los otros pero no se lograba la comprensión por carecer de códigos comunes.

Si continuamos con el ejemplo, llegamos a un punto en el que, a aquel que trataba de comprender le ocurrió lo mismo que al primero, es decir, se quedó con comunicación incompleta porque al escucharlo, al mismo tiempo en su interior bosquejaba ideas que le permitieran explicar la realidad del otro; solo que esas ideas no se completaban al no atinar lo que pasaba en aquel, por la misma ausencia de códigos comunes, y porque sólo se encuentra lo que se conoce.

Fue en algún momento histórico de la interacción en el que apareció la palabra 'soledad', misma que colmó de sentido lo que se experimentaba, pues era capaz de retratar verbalmente las imágenes que cada quien tenía.

El hecho de que 'soledad' fuera la palabra elegida como la más adecuada, fue algo meramente circunstancial, porque bien pudo tener otro nombre aquella clase de experiencia, aunque lo interesante está en que, en la medida que se interactuaba con esa palabra se logró tener un código común o un significado compartido.

De regreso al presente, ahora cotidianamente sabemos que la soledad con 'cara negra' abraza cuando alguien es abandonado, se pierde algo estimado, etcétera, y fundamentalmente cuando hay comunicación que no se completa por la ausencia de confidente.

Si ocurren tales circunstancias lo que inmediatamente continua son sensaciones individuales un tanto difusas, tenebrosas, de malestar, intranquilidad, etcétera. Sólo hasta que aquellas sensaciones alcanzan cierto grado de estabilidad para poder conceptualizarse, es cuando se posibilita el aclarar lo que sucede.

Tal estabilidad emerge al ser capaces de contemplar la experiencia con cierta calma, pues sólo así "se descubren las propiedades esenciales (...) (de lo que sucede), y es entonces que necesariamente se materializa a través del lenguaje para definir el concepto. El concepto es la idea expresada en palabras" (Núñez, 1987, p.36).

Al mismo tiempo, "el lenguaje es el medio por el cual los individuos pueden indicarse mutuamente cómo serán sus reacciones a los objetos y de ahí cuales son las significaciones de los objetos" (Mead, 1927; en Fernández

(b), 1991, p.15), y "las significaciones de cosas u objetos son en realidad propiedades o cualidades inherentes a ellos; cualquier significación dada está ubicada en la cosa, que como decimos 'la tiene'" (Ibid, p.13)

De esta manera, al significar la soledad además de tomar elementos inherentes a ella, se explicita de tal modo que cualquiera puede entender a que se está refiriendo alguien que menciona esa palabra.

Por otra parte, la aparición tanto del dolor como de la soledad, las abordamos -por razones de preferencia-, como sucesos históricos, lo que podría dar lugar a que se refutaran los mismos, con argumentos en torno a que la aparición de la soledad fue de otro modo, y quizá se tenga razón.

Empero, lo fundamental está en otro lado, pues volviendo nuevamente al pasado y esbozando algo de desarrollo filogenético, puede argumentarse que "las tareas en grupo obligaron a tener un código de señales cada vez más complicado y los sonidos con significación fueron convirtiéndose en palabras que hacían posible el desarrollo del pensamiento y de hábitos grupales que echaron las bases de la vida en sociedad. Es imposible conocer el momento exacto durante estos miles de años en el que los cambios cuantitativos fueron tales que puede comenzarse a hablar de trabajo humano, pensamiento, lenguaje, sociedad y conciencia, pero que en interacción recíproca aparecieron al mismo

tiempo, no hay duda" (Núñez, 1987, p.16; el subrayado es mío).

Ahora bien, en estricto sentido no podemos afirmar que la aparición de la soledad es con el lenguaje en función de las sensaciones, ideas, etcétera, que anteceden al concepto; pero en estricto sentido sí podemos afirmar que a través del lenguaje, el concepto soledad se socializa de tal modo, que alcanza a tener significado colectivo, y la soledad en consecuencia, se instaura como una entidad cualitativamente independiente de quienes la significan. Asimismo dado que el lenguaje se crea y recrea en interacción, la aparición de la soledad con significado colectivo sólo es en interacción.

3.2. EL GESTO DE LA SOLEDAD.

En el apartado anterior decíamos que la soledad aparece en interacción; precisando un poco más, digamos que la soledad se construye en interacción.

En este sentido, nos resta aclarar el proceso interactivo; para ello empezamos por abordar la cuestión del significado, puesto que en el capítulo anterior lo señalamos en un sentido, y en el apartado precedente, aparentemente en otro.

Argumentamos que una persona tenía una conducta con significado cuando la reacción a ejecutar estimula la acción correspondiente.

Veamos un ejemplo simple: una persona identifica sensaciones internas que reconoce como hambre; ya que las tiene identificadas, imagina 'x' acciones y productos que le permiten saciarse. Hasta aquí tenemos la reacción.

Después, esta persona se dirige a 'x' lugar para comer - la reacción imaginada estimula 'x' acción-, y se ejecuta esa acción -hay conducta con significado.

En esta misma situación, si de pronto encontramos leyendo a la persona que tiene hambre, el acto de la lectura puede ser considerado como inteligente pero sin significado.

También se planteó que el Mí forma o imagina un contexto dentro del cual pueden ejecutarse diversas acciones. En este ejemplo, la persona forma un contexto en el que puede ir a la cocina, a un restaurante o al puesto de la esquina, donde

puede comer desde espagueti a la bolognesa hasta tacos. Dentro del contexto no importa ni el lugar ni lo que se coma, importa que pueden llevarse a cabo diversas acciones que no alteran el contexto que da significado a la reacción.

Posteriormente hablamos del significado como algo que puede o no ser compartido, inclusive ni siquiera puede existir el significado de algo, y ese algo por lo tanto tampoco existir colectiva y objetivamente, puesto que las cosas, hasta que son significadas es que puede hablarse de ellas.

En este sentido, nos referimos al significado como el proceso interactivo por el cual pueden configurarse o nombrarse a las cosas, y que estas cosas a partir de ser significadas son más o menos lo mismo para todos.

De regreso con el ejemplo, cuando la persona captó sus contracciones estomacales, dada su experiencia, fue capaz de significarlas y reconocerlas como hambre -sobra decir que el hambre como tal, apareció igual que el dolor o la soledad, es decir, en interacción. Si esta persona le dice a cualquier otra que tiene hambre, esa otra reconocerá casi de manera automática que ya experimentó cierto tipo de reacciones corporales que a su vez él ya imaginó en sí mismo, y que en consecuencia tratara de dirigir su conducta hacia el acto de comer.

En este caso tenemos significado compartido, pues la segunda persona al escuchar el concepto hambre sabía perfectamente a que se refería la primera sin tener que

preguntarle de manera absurda 'a qué te refieres cuando dices hambre'.

Ahora bien, decíamos que el sentido del significado como ha sido empleado, en apariencia es distinto; pues bien, lo único que lo ha hecho distinto es que en un caso nos referimos a una persona y en otro a por lo menos dos. Pero no es distinto, en función de que cuando hay significado compartido, ambas partes presentan la misma reacción hacia el objeto del que se habla.

Es cierto que en cualquier circunstancia no necesariamente tiene que existir o existe un significado compartido, ya que si siempre se estuviera de acuerdo, no habría ninguna discusión ni existiría el disentir con otro. Para un individuo la soledad puede significar una cosa y para otro, otra cosa distinta, aunque ambos hablen de ella.

Con esto último puede plantearse que sin estar de acuerdo ya hay significado compartido desde el momento en que se discute lo mismo, es decir, dos individuos pueden entender qué es la soledad -por lo tanto significado compartido-, sin acordar en lo que para cada uno significa y entrar -como suele suceder cuando los argumentos faltan-, en un relativismo.

Ante esto, digamos que, en efecto, hay una significación objetivamente compartida, pero que no es significativa.

Como ya se ha planteado, "la significación sólo puede surgir en el grado en que alguna fase del acto que el individuo está provocando en el otro puede ser provocada en

él mismo. En este sentido siempre hay participación. Y el resultado de esta participación es la comunicabilidad, o sea que el individuo puede indicarse a sí mismo lo que indica a otros (...). Puede decirse que la significación desde el punto de vista del observador, está presente en el gesto que provoca la reacción adecuada en el otro o los otros, dentro de un acto cooperativo, pero no se torna **significante** para los individuos involucrados en el acto a menos de que la tendencia al acto sea provocada dentro del individuo que lo hace, y a menos de que el individuo que es directamente afectado por el gesto se coloque en la actitud del individuo que hace el gesto" (Mead, 1927, p.119n).

En el mismo sentido puede agregarse que "no es esencial que los individuos concedan una significación idéntica al estímulo especial a fin de que cada uno reaccione adecuadamente. La gente se reúne en una muchedumbre y se mueve de un lado a otro, se adapta a las personas que se acercan a ella, como decimos, inconscientemente. Se mueven en forma inteligente con respecto a los otros, pero encuentra en los gestos de los otros, en sus actitudes y movimientos, estímulos adecuados para distintas reacciones" (Mead, 1927, p.96).

Existen otros actos sociales en los que están incluidos los dos aspectos que hemos mencionado, es decir, al mismo tiempo hay significados que no provocan la misma reacción para todos los que ahí participan, sino que sólo con algunos

la comunicación es significativa, sin que por ello el acto deje de ser cooperativo y funcional.

Por ejemplo: la forma A emite un gesto hacia la forma B, para que lo entienda la forma C. Si B adopta la reacción de A, pero A en sí no tiene esa reacción, sino que la reacción de A es similar a la reacción que su gesto provoca en C, al mismo tiempo hay comunicabilidad entre las tres formas, pero sólo es significativa entre A y C, y no significativa de A con B, ni de B con C.

De manera más simple y cotidiana, esto se manifiesta en algunas 'grillas' y juegos de mesa como el dominó, donde se le habla a Pedro para que lo entienda Juan.

Hagamos por un momento la cuestión del significado a un lado para retomarla más adelante, ya que la interacción no ha sido abordada explícitamente, sólo en lo implícito, puesto que la significación de las cosas sucede primariamente en un acto social interactivo y "surge y reside dentro del campo de la relación entre el gesto de un organismo humano dado y la subsiguiente conducta de dicho organismo, en cuanto es indicado a otro organismo por ese gesto (...) ésta es, de tal modo, un desarrollo de algo que existe objetivamente como relación entre ciertas fases del acto social" (Mead, 1927, en Fernández (b), 1991, p.12).

Pues bien, efectivamente la significación dentro de la interacción es de principio un acto social, "pero quiero restringir el acto social a la clase de actos que implican cooperación de más de un individuo, y cuyo objeto, tal como

es definido por el acto, es (...) un objeto social. Por objeto social entiendo uno que responde a todas las partes del acto complejo, aunque tales partes se encuentran en la conducta de distintos individuos. El objetivo de los actos se halla pues, en el proceso vital del grupo, no en el de los distintos individuos solamente" (Mead, 1927, en Fernández (b), 1991, p.11).

Claro es que un solo individuo puede interactuar consigo mismo, pero esta 'autointeracción' sólo es posible después de que el individuo ha incorporado al Otro generalizado.

De esta manera vemos cómo en el acto o proceso social está implícita la interacción de individuos; sin embargo, el motor del proceso social, o dicho de otro modo, el mecanismo básico mediante el cual se lleva a cabo el proceso social, "es el mecanismo del gesto, que hace posible las reacciones adecuadas para la conducta mutua, por parte de los distintos organismos individuales involucrados en el proceso social" (Mead, 1927, p.60n).

Al proceso social prácticamente debemos nuestra existencia humana, puesto que sólo en él "se puede funcionar responsablemente. Las actitudes forman parte de la reacción social; los gritos no se mantendrían como gestos vocales a menos de que provocasen ciertas reacciones en los otros; la actitud misma sólo podría existir como tal en ese juego recíproco de gestos" (Mead, 1927, p.215; el subrayado es mío). Asimismo, "vemos un proceso social en el cual se puede aislar el gesto que tiene su función en tal proceso y que

puede convertirse en una expresión de emociones o llegar a ser más tarde la expresión de un significado, una idea" (Fernández (b), 1991, p.14).

"Los gestos son, pues, esa parte del acto responsable por su influencia sobre otras formas (...). En la conversación de gestos está la preparación para el proceso social completo que involucra las acciones de distintas formas individuales, y los gestos, que son partes del acto, sirven para estimular a las otras formas" (Mead, 1927, p.95). "Ahora bien, cuando ese gesto representa la idea que hay detrás de él, y provoca esa idea en el otro individuo, entonces tenemos un símbolo signifiicante (...), tenemos un símbolo que responde a un significado en la experiencia del primer individuo y que también evoca ese significado en el segundo individuo" (Ibid, p.88; el subrayado es mío).

Aquí es prudente hacer una breve pausa puesto que se ha introducido la noción de 'símbolo signifiicante' en el proceso interactivo sin que este sea aun del todo claro. Replanteando las ideas con un poco más de claridad, lo que hemos querido decir es lo siguiente:

El proceso interactivo es un acto social en el que están involucrados por lo menos dos individuos; cada uno de los cuales es un objeto social que responde a los otros. La respuesta que da el objeto social no es más que la reacción que ejecuta debido a la afectación que provocan los gestos de los individuos con los que interactua. De este modo, no habrían respuestas si no hubieran gestos, ya que el gesto de

los miembros interactuantes, es lo que impulsa la actividad del acto social, con el proceso de la significación implícito.

Ahora bien, -previo a la pausa-, estábamos en la cuestión del símbolo significante, cuyo requisito para tener esta categoría es que, el gesto provoque "en el individuo que lo hace la misma reacción hacia él (o hacia su significado) que la que provoca en otros individuos que participan con el primero en el acto social dado" (Mead, 1927, en Fernández (b), 1991, p.177; paréntesis en el original). Así es como surge el gesto o símbolo significante en la interacción.

Empero, existen gestos o símbolos no significantes. Considerando que "el pensamiento cotidiano implica siempre comportamiento" (Heller, 1970, p.71), y que "nuestro pensamiento tiene lugar por medio de alguna clase de símbolos" (Mead, 1927, p.71), entonces hay comportamientos que implican cierta clase de símbolos no necesariamente significantes.

Uno puede observar un gesto o ademán de cualquier otro y entenderlo, pero el entendimiento no implica que en ambos se tenga la misma reacción, es decir, si se observa que alguien llora, puede entenderse el símbolo del llanto, e intuir que aquel tiene quizá una pena, pero esa pena puede no despertarse en quien la observa.

Podría replicarse después de este ejemplo que la noción de símbolo se utilizó de manera similar a la del significado, y en efecto, "cuando empleamos el símbolo nos referimos a la

significación de una cosa. Los símbolos representan la significación de las cosas u objetos que tienen significaciones; son porciones determinadas de experiencia no directamente presentes o dadas en el momento y en la situación en que cualquiera de ellas se encuentra de tal modo presente" (Mead, 1927, p.55n).

Al igual que los significados, los símbolos surgen en el proceso interactivo, pues sólo ahí se producen los gestos y las reacciones, y "no puede haber símbolos si no hay reacciones. No habría pedido de socorro si no hubiese una tendencia a reaccionar a un grito de angustia" (Mead, 1927, p.216), no existiría el rojo del semáforo si ante ese color no se detuviera la marcha, no existiría la soledad si no se tuviera la necesidad de explicar cierta clase de experiencias y así sucesivamente.

Ahora bien, los 'ingredientes' del proceso interactivo que hemos mencionado -gestos, significados, símbolos-, son elementos inherentes a dicho proceso, distinguibles pero inseparables; surgen ahí, y una vez que emergen son propiedad de la interacción, del acto social; dejan de pertenecer cualitativamente a los individuos y a sus conciencias, puesto que un símbolo en el cerebro lo encontramos como una reacción bioquímica y como impulsos nerviosos; mientras que los gestos, significados y símbolos los encontramos objetivamente implícitos en el acto social, por los cuales se echa a andar aquel acto y en consecuencia surge la comunicación significativa entre los individuos interactuantes.

Así, estos 'ingredientes' y la significación "no deberá ser concebida, fundamentalmente como un estado de conciencia, o como una serie de relaciones organizadas que existen o subsisten mentalmente fuera del campo de la experiencia en la cual entran; por el contrario, tiene que ser concebida, objetivamente, como existente completamente dentro de ese campo" (Mead, 1927, p.116) interactivo.

Esto es lo que permite la comunicación y el entendimiento entre los individuos mediante el lenguaje, mismo que se instaura en el campo público mediante la experiencia intersubjetiva -implícita en la interacción-, entendida como la "relación y acuerdo existente entre varios o todos los sujetos" (Mardones, 1988, p.251).

De este modo "lo público tiende a ser puesto en palabras porque el lenguaje, por ejemplo el lenguaje escrito, es más sólido, duradero y unívoco, de manera que una gran parte de la población puede ponerse de acuerdo y mantenerse en lo que respecta a sus significados: lo que está escrito o dicho es más ampliamente comunicable, y sus significados supuestamente menos ambiguos (...). En cambio, lo privado tiende a tener la esencia de las imágenes que son generalmente ambiguas en su significado, lo cual quiere decir que puede haber múltiples significados privados y en desacuerdo" (Fernández (c), 1991, pp.100-101), como sucede con la palabra soledad.

Es así como los acuerdos intersubjetivos sólo suceden en el espacio público, pues en lo privado no todo es acuerdo del mismo modo. Todo acto o comportamiento contiene un campo

público y un privado, lo público es lo que cualquiera entiende, lo privado es digamos la parte emocional, y esta parte "de nuestro acto no provoca directamente en nosotros la reacción que provoca en el otro (...). No nos asustamos por algún tono que podamos emplear para asustar a algún otro. Por el lado emocional, que es una parte sumamente grande del gesto vocal, no provocamos en nosotros, en proporción semejante, la reacción que provocamos en otro como lo hacemos en el caso de la conversación significativa" (Mead, 1927; en Fernández (b), 1991, p.17), es decir con el lenguaje público.

Para este apartado nos resta hacer un breve resumen y justificación, pues lo que aquí se ha intentado presentar es solamente el proceso interactivo por el cual colectivamente se construyen y aparecen las cosas.

Vemos que en dicho proceso intervienen los gestos que impulsan la acción; los significados que permiten entender, cada vez que se presenta, el gesto del otro; y el símbolo que también permite entender los gestos aunque estos no estén presentes en un momento específico del acto.

Estos elementos una vez instaurados en el campo interactivo se quedan ahí, escapan a la individualidad, pero no son egoístas, dejan tomarse por quien interactúa.

De esta manera, para poderse hablar de soledad y sus vicisitudes es menester que en la interacción ésta se presente como un gesto.

3.3. LAS PERSONAS INHALAN EL AIRE DE LA SOLEDAD.

Empecemos con una aproximación dada en el capítulo anterior: 'la soledad es un símbolo colectivo matizado por la experiencia personal'.

Con esta aproximación parece que se empezó por la conclusión y efectivamente, más o menos así es, por ello el compromiso por terminar de desglosarla.

Asimismo, hemos afirmado que la soledad aparece o se origina en la interacción, ya que es ahí donde, a través del lenguaje, se significan las sensaciones de soledad; luego se esbozó el mecanismo de la interacción, de modo un tanto esquemático, donde surge el gesto; el cual es significado y después simbolizado.

En este sentido, puede preguntarse sobre la aparición del gesto y cuál es el gesto de la soledad.

Pues bien, el gesto que como veíamos es la expresión del individuo que provoca una reacción en otro, surge de manera natural y espontánea; nunca dejamos de expresar ni de hacer gestos, incluso existen 'escandalosos' silencios como formas de comunicar.

Un llanto, una sonrisa, un pensamiento, una palabra, un silencio, un sueño, una idea, hasta un ponerse nervioso - todo ello con estilo propio-, es un gesto, una expresión de algo.

Los gestos han sido incorporados a la experiencia a partir de la interacción con otros miembros, son una adopción de actitudes; vale decir que se ha aprendido que las penas

más o menos se comunican con llanto y las alegrías con risas, sin embargo la tendencia a extraer de sí la subjetividad personal hacia los otros siempre está presente independientemente de la forma.

En otras palabras, cierto tipo de vivencias como aquellas que provocan remolinos en las interioridades, tienen de suyo una tendencia a ser manifestadas; si se hace por la vía verbal no es con cualquiera, sino con el confidente. La forma en que se manifiesten ya es estilo adquirido como actitud.

De esta manera, la vivencia de soledad también es multiforme en su expresión, pues las actitudes con las que se hace, han sido incorporadas con un punto de vista particular.

Hay quienes expresan la soledad con un llanto, una tristeza, una palabra, un suspiro o un nostálgico silencio; con una poesía, un miedo, un canto, un estruendo, una actitud..., o con la posibilidad de un nuevo encuentro. Estas expresiones, en suma, son distintas formas incorporadas, que dan cuerpo a aparentes tipos de soledades; sin embargo es un fenómeno y un concepto; empero cuando la soledad es reducida a un concepto, tiene significado parcial, pues al definirla estilo diccionario, se escabullen una infinidad de sensaciones que no pueden ser verbalizadas pero sí experimentadas, de manera que con sólo escuchar el concepto, se produce una afectación en las imágenes del Mí, puesto que "ciertas palabras oídas, especialmente si se escuchan a menudo (...), pueden ser codificadas o transformadas,

almacenadas y, más tarde, disfrazadas, recuperadas y reexperimentadas. (...), todo el mundo, parte del tiempo, y alguna gente, casi todo el tiempo experimentan reiteradamente en y con sus cuerpos los significados literales de ciertas palabras (...). Esto es, retraducen en experiencias físicas palabras que originalmente derivan de las experiencias físicas del que las pronunció. Podemos llamar imaginación al hecho de trasponer las palabras habladas a otras modalidades de experiencia y experimentar las palabras así traspuestas.

'Los cuerpos de algunas personas, y posiblemente de todo el mundo, resuenan ante las palabras pronunciadas por los demás, registran trans-formas de las palabras, las almacenan y más tarde las reexperimentan" (Schatzman, 1977, p.102).

Sin embargo, para que una experiencia pueda ser reexperimentada, es necesario haber conocido a la primera. Esto es, el paso a la reexperimentación sucede una vez que se tomó conciencia de la primera experiencia.

De esta manera, primero, en la medida de lo posible, se le da forma y organización al etéreo mundo vivencial, después se le aglutina en la palabra, y es entonces cuando se toma conciencia de la experiencia, es decir, cuando se toma conciencia de sí.

Es este el proceso en el que sucede la verbalización del estado emocional y se escuchan o pronuncian las infinitas metáforas físicas de la soledad.

Si bien el tomar conciencia es un acto personal, no es de entera autenticidad, porque surge tanto de las vivencias

personales como de las actitudes que uno asume, las cuales sólo en interacción han sido incorporadas, y sólo ahí se expresan los gestos o las actitudes que afectan a los otros en función de que alteran su propia experiencia.

En este sentido, suele suceder cierto colapso emocional cuando se escucha y observa -en cualquier espacio público-, al otro que confiesa experiencias de incompreensión, de que nada parece serio, de que no hay quien le escuche, de que tiene comunicación incompleta, etcétera.

Al tiempo de observar los gestos y 'escuchar la experiencia' ajena, se acomoda la propia para esa situación. El acomodo consiste en imaginar la persona y cuerpo propio en las situaciones escuchadas, o bien, en imaginar al otro en lo que está diciendo; pero en el proceso imaginativo no sólo están presentes los relatos experienciales del otro, sino que las experiencias de sí también se imbrincan; de este modo es como se afecta la experiencia personal.

Pero el proceso no se detiene aquí puesto que, en la medida que es afectada la experiencia personal, se reproducen gestos propios que a su vez inciden sobre el relator y sobre su discurso, lo que trae como consecuencia que la afectación de experiencias sea recíproca entre los interactuantes.

El lenguaje que acompaña a ciertos gestos -porque hay gestos sin lenguaje verbal-, es el aspecto fundamental para afectar la experiencia, pues con el escuchar un concepto cualquiera, se evocan imágenes y se convocan emociones, es decir, las imágenes se acompañan todo el tiempo de emociones;

puede escucharse el concepto escuela que remite a una imagen de la misma, y ésta se empalma con las emociones sentidas cuando se estuvo en aquel lugar.

Sabemos que existen conceptos abstractos con imágenes poco claras, por ende, nebulosas emociones que se resisten a ser significadas. Por ello, con la evocación de imágenes y convocación de emociones de ciertos temas -como el de la soledad, por ejemplo-, surgen sensaciones poco claras, acompañadas de sus respectivos gestos que matizan la charla y los participantes, pero están dispuestas a ser significadas en el preciso momento interactivo, pues necesitan estar ahí, presentes en el acto social.

Así, los gestos, las imágenes y las emociones se convierten en la chispa para la significación de las vivencias propias y ajenas, y una vez que este tipo de sensaciones son significadas o aprehensibles por el lenguaje, digamos que se les puede llamar 'por su nombre', y es entonces cuando intersubjetivamente se consensa y acuerda el significado público común para todos; pero sólo puede ser en público, ya que de lo contrario, la significación sería considerada con cierto desdén, como un neologismo privado, aunque estrictamente el lenguaje completo sea precisamente un neologismo, incluyendo aquel concepto.

Asimismo, el hecho de que ciertas sensaciones sean significadas y acordadas intersubjetivamente como soledad, no implica que el acuerdo opere a nivel privado puesto que ahí se encuentra lo enteramente subjetivo, no necesariamente con

todos compartido, aunque se tenga conformado un significado público.

Ahora bien, una vez que se ha significado a la soledad como tal, ésta pasa a ocupar un espacio cualitativamente distinto a la conciencia individual "aunque muchas sutilezas se hayan derrochado en el problema del significado de la significación. Al intentar resolver este problema, no es necesario recurrir a los estados psíquicos, porque la naturaleza de la significación (...), se encuentra implícita en la estructura del acto social, implícita en las relaciones" (Mead, 1927, en Fernández (b), 1991, pp.11-12), de manera que el significado de la soledad ya no es propiedad exclusiva de una sola persona, sino del aire.

Lo que se quiere decir con esto es lo siguiente: después de que a través de un gesto se comunican ideas de soledad, el gesto pasa a instalarse y a afectar la experiencia del otro, quien a su vez expresa gestos que también se instalan y afectan la experiencia del primero. En tal caso, los interactuantes han abierto un espacio en el aire, el cual llenan con un tema; el tema en sí, es algo distinto a los sujetos porque se ha construido un producto en interacción, desde donde puede ser enriquecido, refutado, asimilado, etcétera.

De esta manera, en una charla cotidiana de café por ejemplo, donde dos platican de soledad, en realidad hay tres; están quienes conversan, y el tema, el cual puede hacerlos diferir o acordar. Alguno puede emitir su juicio y decir que

la soledad es la intimidad por esto o por aquello; el otro puede replicar que no, que la soledad es un silencio, por otras razones, y el primero nuevamente contestar que la soledad también es un secreto, y así sucesivamente, donde no importa quien esté en lo cierto, pues lo importante es que ante sí tienen una construcción social consensada desde lo intersubjetivo, que les provoca a continuar la charla, misma que puede desenvolverse bajo diversos matices.

Por otra parte, hemos visto que "lo que el ser humano ha logrado es organizar la reacción a cierto símbolo que forma parte del acto social" (Mead, 1927, p.217); claro es que las reacciones primero fueron significadas, y cuando representaron la misma idea tanto para quien las ejecutaba como para quien las captaba, se convirtieron en reacciones significantes necesariamente presentes en la interacción.

Una vez que las reacciones o gestos alcanzaron aquella categoría, se convirtieron en símbolos significantes que no necesariamente requieren estar presentes en interacción con otros, pues en la medida en que el símbolo es incorporado, en los lugares privados -donde uno platica consigo mismo-, se despiertan las mismas reacciones que se presentaría estando con otros.

Es por ello que el significado de la soledad se colectiviza de manera simbólica, y es entonces cuando tiene sentido público y cuando se puede escuchar o leer cuestiones relativas a la soledad y despertarse las mismas reacciones que tiene quien habla o escribe de soledad sin que

físicamente se esté interactuado con aquel, porque en realidad se interactúa con el símbolo que está en el aire.

Así es como "la unidad y estructura de la persona completa refleja la unidad y estructura del proceso social como un todo; y cada una de las personas elementales de que está compuesta aquella persona completa refleja la unidad y estructura de uno de los varios aspectos de ese proceso en el que el individuo está involucrado. En otras palabras, las varias personas elementales que constituyen la persona completa, o que están organizadas en ella, son los distintos aspectos de la estructura del proceso social como un todo; la estructura completa es, así, el reflejo del proceso social como un todo" (Mead, 1927, p.175).

De este modo, una vez que el símbolo de la soledad se instaure en el Otro generalizado, la persona lo entiende, lo inhala y después lo refleja.

3.4. LAS PERSONAS EXHALAN EL AIRE DE LA SOLEDAD.

Para exhalar, primero se tiene que inhalar, y en este caso, hemos argumentado que interactivamente se produce un símbolo -de soledad- que se instaura en el aire de donde se respira, formando así, parte de la persona, de su experiencia, de su Mí y de las reacciones del Yo.

Cuando el símbolo se respira y se reconoce como tal en la experiencia personal, ha pasado por procesos ya descritos, esto es, se han organizado vivencias a través del lenguaje y se les ha significado; primero, necesariamente en interacción, después, una vez que se tiene incorporado el significado se convierte en símbolo, puesto que éste puede ser reconocido en soledad física, es decir, dado que intersubjetivamente se ha construido un significado colectivo, éste puede ser reconocido a nivel personal mediante el análisis de la organización fenomenológica.

En dicho análisis fenomenológico del símbolo, está involucrada la persona completa, con el Mí que contempla y recrea la experiencia y con las reacciones del Yo a la luz del Otro.

Con sólo pensar en el símbolo de la soledad, se evocan diversas situaciones en las que uno se imagina dentro. Por ejemplo puede pensarse en la soledad y evocarse situaciones en las que se está escribiendo, con la simple compañía de lápiz, papel, café, cigarrillos, etcétera, o que se está con las emociones congeladas por la pérdida de algo o alguien. La

cualidad de las situaciones evocadas dependera de lo que hemos mencionado como el matiz personal.

Sin embargo, aunque el matiz sea personal, las situaciones imaginadas gozan de una preexistencia a la persona, ya que "sólo tenemos ideas en la medida en que tenemos capacidad para adoptar la actitud de la comunidad y luego reaccionar a ella" (Mead, 1927, p.207).

Las actitudes adoptadas de la comunidad no son las mismas para todos, cada quien les imprime su matiz en el desarrollo de la persona; hay quienes la despliegan con "temores arcaicos (hacia) la obscuridad, el ruido, los extraños, la soledad, etcétera" (Freud, 1970, p.39), cargando eternamente gélidos matices en el alma, y es entonces que "uno tiene conciencia del sí mismo, sobre todo cuando se presenta en éste alguna enfermedad, cuando hay cierto grado de incertidumbre" (Kohut, 1990, p.70).

Por supuesto que estas condiciones pueden alcanzar desmesuradas dimensiones en las que ni el sí mismo es considerado porque "está destruido por completo o en condiciones (...) tan graves que al mismo tiempo han sido destruidas las facultades de comunicación y observación" (Kohut, 1990, p.70).

Asimismo, en las vicisitudes propias de la vida, existen "personas que han padecido pérdidas de objetos durante fases de desarrollo en que el objeto todavía es experimentado como parte de sí mismo (y) sufren, posteriormente, no por verse privadas de alguien a quien aman, sino más bien por causa de

la parte que falta en su propio equipo psicológico. Toda su vida están a la caza de objetos, tratando de llenar un vacío interior" (Kohut, 1990, p.73).

Las personas que están o han estado en tales circunstancias u otras similares, podrán explicitar su experiencia expresando que la soledad los ha invadido. Pues bien, cuando se emite esto, lo que se hace es, al mismo tiempo tomar un símbolo que explica la experiencia y exhalarlo.

Al momento de exhalar el símbolo se le matiza de manera 'buena' o 'mala'; aunque es evidente que en las suertes descritas, el matiz será más o menos desafortunado.

Sin embargo, para que puede tenerse una exhalación de esta naturaleza, es menester que la persona haya alcanzado su completo desarrollo como estructura social -en el sentido planteado en el primer capítulo-, en otras palabras, que la persona sea objeto para sí.

A lo que nos referimos es que, una persona, cuando es objeto para sí -después de haber adoptado actitudes y tomar conciencia de sí-, puede volverse hacia sí misma, volcarse a sus interioridades, recordarlas, experimentarlas, sentirlas, adquirir conciencia y autoconciencia de ellas, reconocer lo que es y ha sido, dar cuenta de su identidad e intimidad; en suma, puede mirarse a sí misma y reaccionar ante sí con estremecimiento, encanto, sorpresa, alegría, etcétera.

Esto mismo aclara por qué un pequeño que aun no puede tener esta clase de experiencias, expresa ciertos

sufrimientos por múltiples formas, muchas de ellas impredecibles e incalculables, con escasa manifestación verbal.

De esta manera, lo que permite la vuelta hacia sí mismo o el análisis de la organización fenomenológica personal, es el ser objeto para sí.

Ahora bien, cuando sucede esta vuelta mediante el Mí, al mismo tiempo -como ya decíamos-, sucede un repaso de la experiencia personal. En ese lugar pueden existir, entre muchas cosas, diversas situaciones que tal vez sean significadas como experiencias de soledad, donde las vivencias tuvieron la posibilidad de ser gratas, ingratas, o por llamarlas de algún modo, regulares.

Pero al mismo tiempo, al plantear que la persona es objeto para sí, estamos planteando una persona que desde su particular punto de vista ha incorporado al Otro, -por ello puede significar experiencias propias de soledad-, y asimismo, ha incorporado un símbolo con el matiz dado por los miembros con los que ha interactuado.

Así, mediante la incorporación de la soledad como símbolo, la persona significa algunas experiencias, las cuales al ser vivenciadas y significadas exhalan el símbolo incorporado de manera matizada, con diferentes gestos, como los esbozados en el apartado precedente.

Por otra parte, al replantear la primera idea sobre la soledad, se argumentó que era un símbolo que era un símbolo dialécticamente matizado por la experiencia personal.

En esta situación, el sentido de lo dialéctico es el dado, por así decirlo, de manera ortodoxa, es decir, el análisis se realiza mediante tres elementos. En el caso que hemos venido argumentando, un elemento es una idea de soledad; otro es la reacción hacia dicha idea, y el último la incorporación de la reacción.

La triada de elementos mencionados no necesariamente sigue un camino mecánico -eso sólo sucede en el papel-, ni son los únicos, pues en ciertos momentos, con la reacción se afecta al otro y luego se incorpora su actitud resultante.

En este sentido, "uno afecta continuamente a la sociedad por medio de su propia actitud, porque provoca la actitud del grupo hacia él, reacciona a ella y, gracias a dicha reacción cambia la actitud del grupo" (Mead, 1927, p.207). Asimismo, "el Yo es la reacción del individuo a la actitud de la comunidad, tal como dicha actitud aparece en su propia conciencia. A su vez, su reacción a esa actitud organizada cambia a ésta" (Mead, 1927, p.221).

Así, siendo un tanto reiterativos, ante las vivencias desgarrantes de la soledad -las cuales han sido significadas de ese modo-, se reacciona tanto para uno mismo como para los otros, afectando experiencias propias y/o ajenas, para producir actitudes o reacciones que incidan sobre aquellas vivencias.

Por ejemplo, cuando alguien habla de soledad, trata, entre otras cosas, de transmitir su vivencia y experiencia al otro; al hacerlo busca despertar reacciones en él; pero

también busca reacciones desde sí, es decir, quizá busca un consuelo, una confrontación, un aliento, compañía, simplemente discutir, completar su comunicación, etcétera.

De la misma manera, cuando el relato se acompaña de un matiz trágico y se buscan reacciones de los otros que provoquen un cambio en la persona, se incorporaran nuevas experiencias a partir de aquellas reacciones; empero estas reacciones tienen un preexistencia colectiva, por lo que el cambio, en realidad, sucede cuando se amplía el particular punto de vista y se incorporan actitudes que no pertenecían a la experiencia personal.

Por último, en la persona completa que exhala el símbolo de la soledad, esta "el Mí (que) es un individuo convencional, habitual. Esta siempre presente. Tiene que tener los hábitos, las reacciones que todos tienen, de lo contrario, el individuo no podría ser un miembro de la comunidad. Pero el individuo reacciona constantemente a dicha comunidad organizada, expresándose a sí mismo, no necesariamente afirmándose en el sentido ofensivo, sino expresándose, siendo él mismo (...). Las actitudes involucradas son extraídas del grupo, pero es en el individuo donde se organizan y es quien tiene la oportunidad de darle una expresión que quizás nunca ha tenido antes" (Mead, 1927, pp.222-223), por lo cual, la construcción de la soledad es social y sucede intersubjetiva y cotidianamente.

3.5. LAS PERSONAS CONSTRUYEN LA SOLEDAD.

Con este apartado termino el presente trabajo. Sólo nos resta hacer una breve recapitulación y agregar algunas consideraciones finales.

Pues bien, al desglosar el título de la tesis que reza: 'la construcción social de la soledad: una experiencia intersubjetiva', encontramos diversos elementos.

Por una parte, al plantear una construcción social, hacemos referencia a que -valga la redundancia-, socialmente se construye e inventa cualitativa y simbólicamente la realidad.

Esta afirmación podría generar diversas polémicas dependiendo del marco referencial con el que sea leída. Sin embargo, lo que planteamos es que, aunque la realidad tenga una existencia independiente a las personas, ésta cobra existencia cualitativa en la medida en que es interpretada, es decir, construida e inventada mediante el lenguaje.

Al apelar a lo social, nos referimos a la gente, a las personas, las cuales por sí mismas fueron construidas, por lo tanto son colectivas y por ello se les dedicó un capítulo, puesto que a éstas, cotidianamente se les otorga una existencia que no es cuestionada y que, no obstante, sigue un proceso colectivo por el cual se constituye.

Por otra parte afirmamos una construcción social de la soledad, donde las personas intervienen; esto es, así como se han nombrado objetos tangibles, también se han nombrado elementos no tangibles pero sí vivenciables.

En lo vivenciable cabe lo que se ha denominado emociones, y de aquí los sentimientos, el amor, la tristeza, la alegría, la felicidad, hasta la soledad, a la cual también se le otorga una existencia incuestionable, que sin embargo, es producto colectivo.

La experiencia intersubjetiva todo el tiempo está implícita en el proceso de construcción, de modo que cuando se contruye la soledad y se aborda su existencia, permanencia, causas, efectos, estos elementos son nombrados y consensados colectivamente a partir de significar, en interacción, los gestos con los que la soledad se manifiesta. En otras palabras, las emociones que la soledad provoca sólo se reconocen como tales, hasta que intersubjetivamente son significadas.

Se planteó que la soledad tiene diversos matices que van desde lo 'bueno' hasta lo 'malo'; tales matices están dados de manera personal y dependen de lo que la persona haya incorporado en su experiencia, es decir, depende de la cualidad del símbolo incorporado, y la soledad tiene esta categoría -simbólica-, porque es una vivencia o concepto que casi todo mundo ha experimentado y expresado en y para sí mismo; dicho de otro modo, ante la vivencia o concepto de soledad, casi todo mundo reacciona en la medida en que el símbolo está incorporado en la experiencia personal.

Asimismo, se argumentó que la soledad es la vivencia de una comunicación incompleta por la ausencia de un confidente. El confidente puede ser cualquier persona que desde la

experiencia personal, tiene la actitud justa que motiva la manifestación y expresión de sí con la sensación de que quien acompaña, comprende; en virtud de que da sentido a lo que se ha incorporado.

En el mismo sentido está la soledad como vivencia de un vacío político, pues el poder no escucha, por lo tanto no responde. Es ajeno y retórico cuando afirma que emana del pueblo, pues deja a éste con el agonizar de sus ideas, pero también con la semilla del rencor y del odio, que al germinar, buscará hacerse expresar aunque sean alteradas las 'buenas costumbres'. Por ello, el antídoto contra la soledad es la reconciliación con el poder, pero deberá ser una reconciliación horizontal, donde se complete la comunicación con verdadero dialogo.

Por último, en la actualidad existe una exhaltación por la figura del individuo y por lo individual, así como una idealización por los líderes, y en cierta medida un afán por serlo.

Esta situación ha gestado cierta corriente de pensamiento que ha sido incorporada por no pocos individuos quienes a su vez reaccionan con retraimientos y ensimismamientos, lo que en consecuencia genera una escasa comunicabilidad cercana con los otros.

Al magnificarse la individualidad de manera omnipotente, las confidencias nunca suceden y la comunicación incompleta emerge, dando lugar a que la intimidad no compartida, los secretos, se retraigan a las interioridades individuales,

mismas que se han conformado a partir de la incorporación del Otro, por ello, lo que existe en lo más profundo de uno mismo es colectivo, es decir, la intimidad está compuesta de lenguaje público, por lo tanto no es más que un fragmento del Otro generalizado.

No queremos decir que la intimidad tenga que ser anunciada a todo mundo, por supuesto que no, pero sí con el confidente; sobre todo cuando esa intimidad no es muy grata, cuando esa experiencia provoca el divagar sin sentido, cuando surge entonces la soledad con un matiz desagradable.

Sin embargo, la enalteción de lo individual así como ha incrementado la soledad desagradable, también ha provocado con amplio interés colectivo cierto retorno hacia las religiones, lo esotérico, lo desconocido, lo privado, -como un intento de reencuentro para reorientar el rumbo-, por ello para muchos resulta interesante hablar de aquello íntimo que se construye cotidianamente con el lenguaje de cada charla y con cada gesto; como la soledad.

B I B L I O G R A F I A

- BLOS, P. (1962). Psicoanálisis de la adolescencia. Joaquín Mortiz. México. 1992.
- CAREAGA, G. La ciudad enmascarada. Plaza & Janes. México. 1985.
- DOLTO, F. (Prefacio). En: Mannoni, M. La primera entrevista con el psicoanalista. Gedisa. Barcelona. 1979.
- FERNANDEZ, P. (a) Afectividad y masas. En: Mota, G. (comp.). Cuestiones de psicología política en Mexico. CRIM. México. 1990.
- FERNANDEZ, P. (b) G. H. Mead o la fundación de la Psicología Colectiva. El laboratorio de Psicología Social. Facultad de Psicología. UNAM. 1991.(INEDITO).
- FERNANDEZ, P. (c) Psicología política de la cultura cotidiana. Universidad de Guadalajara. México. 1991.
- FOUCAULT, M. Historia de la Sexualidad. Tomo I. Siglo XXI. México. 1982.
- FREUD, A. (1970). Historia y sintomatología en la infancia. Paidós. España. 1992.
- GENOVES, S. Sexo y Violencia: un acercamiento lento y distinto. Instituto de Investigaciones Antropológicas. UNAM. México. 1993.

- GORN, J. El mito adámico. En: tramas. No. 4. UAM. Junio, 1992. México.
- HABERMAS, J. La lógica de las ciencias sociales. Tecnos. Madrid. 1990.
- HARRE, R. La construcción social de la mente. En: Ibáñez, T. El conocimiento de la realidad social. Sendaf. Madrid. 1989.
- HELLER, A. Sociología de la cultura cotidiana. Península. Barcelona. 1977.
- KOHUT, H. Los seminarios de Heinz Kohut. Sobre psicología del sí mismo y psicoterapia en adolescentes y adultos jóvenes. Compilador: Elson, M. Paidós. Buenos Aires. 1990.
- LA JORNADA, La tragedia de Waco (nota editorial). 2 de Marzo de 1993. México. (Diario).
- LAKOFF, G., JOHNSON, M. Metáforas de la vida cotidiana. Cátedra. España. 1991.
- MARDONES, J., URSUA, N. Filosofía de las Ciencias Humanas y Sociales. Materiales para una fundamentación científica. Fontamara. México. 1988.
- MEAD, G. H. (1927) (Póstumo). Espíritu, Persona y Sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social. Paidós. Buenos Aires. 1972.
- MILLAN, J., NAROTZKY, S. (Introducción). En: Lakoff, G., Johnson, M. Metáforas de la vida cotidiana. Cátedra. España. 1991.

MIQUEL, R. La Soledad. Grupo Editorial Planeta. México. 1989.

MOLINER, M. Diccionario del uso del español. Tomo II de la H a la Z. Gredos. Madrid. 1981.

MONTERO, M. (1994). Soledad en la adolescencia. En: AMEPSO. La psicología social en México. Vol. V. AMEPSO.

MORRIS, C. (Prefacio). En: Mead, G. (1927) (Póstumo). Espíritu, Persona y Sociedad. Desde el punto de vista del conductismo social. Paidós. Buenos Aires. 1972.

NUÑEZ, F. Psicología Médica. Tomo I. Pueblo y Educación. La Habana. 1987.

ROKACH, A. (1988). The experience of Loneliness: A tri-level model. En: the Journal of Psychology. 122 (6). 531-534.

SALVAREZZA, L. Psicogeriatría. Teoría y Clínica. Paidós. Buenos Aires. 1988.

SCHATZMAN, M. El Asesinato del Alma. La persecución del niño en la familia autoritaria. Siglo XXI. México. 1977.

VARGAS, B. La soledad como situación humana. Tesis de Maestría. Colegio de Psicología. Facultad de Filosofía y Letras. UNAM. 1965.

M E D I O S N O I M P R E S O S

- GUERRERO, R. (1992) No me alcanza el Tiempo. En: Santa Sabina [Audiocinta]. México. BMG.
- MILANES, P. (1986) El breve espacio en que no estas . En: Querido Pablo [Audiocinta]. España, RCA/Ariola Internacional, S. de R.L. de C.V.
- MILANES, P. (1984) Yolanda. En: Yo me quedo [Audiocinta]. México. PolyGram.
- RODRIGUEZ, S. (1981) Vamos a Andar. En: Rabo de Nube [Audiocinta]. México, PolyGram.
- RODRIGUEZ, S. (1988) Oh Melancolía. En: Oh Melancolía. [Audiocinta]. México. PolyGram.
- RODRIGUEZ, S. (1986) Historia de las sillas. En: Causas y Azares. [Audiocinta]. México. PolyGram.
- RODRIGUEZ, S. (1982) Hoy Mi deber. En: Unicornio [Audiocinta]. México. PolyGram.
- SABINA, J. (1984) Caballo de Cartón. En: Ruleta Rusa [Audiocinta]. España, Sony Music Entertainment, S.A.
- SABINA, J. (1985) El Joven Aprendiz de Pintor. En: Juez y Parte [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.

- SABINA, J. (1985) Incompatibilidad de caracteres. En: Juez y Parte [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1988) Que se llama Soledad. En: Hotel, dulce hotel [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1990) Corre, dijo la Tortuga. En: Mentiras Piadosas [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1990) Cristina. En: Mentiras Piadosas [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1990) Mentiras Piadosas. En: Mentiras Piadosas [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1992) Todos Menos Tu. En: Física y Química [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1992) La del Pirata Cojo. En: Física y Química [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.
- SABINA, J. (1992) La canción de las noches perdidas. En: Física y Química [Audiocinta]. México, Ariola Eurodisc, S.A.